



TEOLOGIA SISTEMATICA

Resumen del Libro

“Doctrina Cristiana, 20 puntos básicos que todo cristiano debe conocer”

Autor: Wayne A. Grudem

Resumen del Libro: Doctrina Cristiana, 20 puntos básicos que todo cristiano debe conocer; Autor: Wayne A. Grudem

5.1 ¿Qué es la Biblia?

Todo vistazo a una doctrina cristiana en particular se debe basar en lo que Dios dice sobre ese tema. Por consiguiente, al mirar una serie de doctrinas cristianas básicas, tiene sentido empezar con la base para estas creencias: la Palabra de Dios o la Biblia. La opinión de Dios respecto a sus palabras se puede dividir en cuatro categorías en general: autoridad, claridad, necesidad y suficiencia.

La autoridad de la Biblia

Todas las palabras de la Biblia son de Dios. Pablo, en 2 Timoteo 3:16, enseña esto claramente cuando escribe que “Toda la Escritura es inspirada por Dios”.

En 2 Pedro 3:16, el apóstol se refiere a todas las cartas de Pablo como parte de las *Escrituras*.

Además, el apóstol Pablo en 1 Timoteo 5:18 escribe que la Escritura dice: “No le pongas bozal al buey mientras esté trillando” y “El trabajador merece que se le pague su salario”. La primera cita en cuanto al buey, viene del Antiguo Testamento: se halla en Deuteronomio 25:4. La segunda viene del Nuevo Testamento, se halla en Lucas 10:7. Pablo, sin ninguna vacilación, cita tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, llamándolos a ambos “Escrituras”.

Consideremos la promesa de Jesús de que el Espíritu Santo *les hará* a los discípulos *recordar* todo lo que Jesús les había dicho (Juan 14:26). Fue conforme los discípulos escribían que el Espíritu les inspiraba, que libros como Mateo, Juan o 1 y 2 Pedro fueron escritos.

Sin que importe la manera en que las palabras vinieron a los autores, lo que escribieron fue una extensión de ellos: sus personalidades, habilidades, trasfondos y educación. Pero también fueron exactamente las palabras que Dios quería que escribieran; las mismas que Dios dice que son suyas.

Si Dios afirma que las palabras de las Escrituras son suyas, entonces no hay, en última instancia, autoridad más alta a la que uno puede apelar como prueba de esta afirmación que la misma Biblia.

Puesto que la Biblia afirma que es la misma Palabra de Dios, debemos procurar entenderla, porque al hacerlo estamos entendiendo a Dios mismo. De igual forma debemos procurar confiar en ella, porque al hacerlo estamos confiando en Dios. Finalmente, debemos procurar obedecerla, porque al hacerlo estamos obedeciendo al mismo Dios.

La claridad de la Biblia

Al leer la Biblia y procurar entenderla, descubrimos que algunos pasajes son más fáciles de entender que otros. Aunque algunos al principio pueden parecer difíciles de captar, la Biblia está escrita de manera tal que todas las cosas necesarias para llegar a ser cristiano, vivir y crecer como cristiano, son claras.

Puesto que las cosas de Dios *hay que discernirlas espiritualmente* (1 Corintios 2:14), una comprensión apropiada de la Biblia a menudo es más el resultado de la condición espiritual del individuo que de su capacidad intelectual.

Cuando los individuos discrepan sobre la interpretación apropiada de un pasaje, el problema no está en las Escrituras, porque Dios guio su composición para que se pudiera entender. Más bien el problema está en nosotros; pues a veces, como resultado de nuestras limitaciones, no entendemos debidamente lo que la Biblia enseña.

La necesidad de la Biblia

Es verdad que la Biblia nos presenta claramente todas las cosas necesarias para llegar a ser, vivir y crecer como un cristiano. Es cierto también que sin ella no podríamos saber estas cosas. Necesitar las Escrituras quiere decir que es preciso leerlas o que alguien nos las dé a entender con el fin de conocer a Dios personalmente, que nuestros pecados sean perdonados, y saber con certeza lo que él quiere que hagamos.

Jesús dijo en Mateo 4:4: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Así como nuestro cuerpo recibe su sustento del alimento físico, así también el espíritu mediante la alimentación diaria de la Palabra de Dios.

Además, la Biblia es nuestra única fuente de afirmación clara y definitiva en cuanto a la voluntad de Dios. Y debido a que él no nos ha revelado todos los aspectos de su voluntad, porque “lo secreto le pertenece al Señor nuestro Dios”, hay muchos aspectos de su voluntad que nos son revelados mediante las Escrituras, “para que obedezcan todas las palabras de esta ley” (Dt. 29:29).

La suficiencia de la Biblia

Hoy, la Biblia contiene todas las palabras de Dios que una persona necesita para llegar a ser cristiano, y para vivir y crecer como tal. En la Biblia, él nos ha dado instrucciones que quiere que cumplamos para equiparnos para “toda buena obra” (2 Tim. 3:17). Todo esto quiere decir que la Biblia es suficiente.

Es ciertamente posible que Dios nos dé dirección específica en situaciones particulares de la cotidianidad, pero no tenemos licencia para poner a la par de las Escrituras alguna revelación, dirección u otras formas de guía moderna que pensamos que vienen de Dios. Tampoco debemos jamás tratar de imponer tal dirección sobre otros cristianos o personas de nuestras iglesias, puesto que podemos estar equivocados en cuanto a tal dirección.

Dios ha revelado exactamente lo que él sabe que es preciso para nosotros. Muchas diferencias han dividido a iglesias y denominaciones con asuntos que la Biblia pone escaso énfasis.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Por qué es tan importante que la Biblia sea la base de nuestras creencias?
2. ¿Responderá la Biblia definitivamente a toda pregunta que le presentemos? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿Cuál es un asunto respecto al cual la Biblia habla claramente? ¿Cuál es el asunto sobre el cual no? ¿Cómo afecta esto al énfasis que uno debe poner sobre estos asuntos?

5.2 ¿Cómo es Dios?

Es importante que cualquier estudio de Dios mire a lo que él dice en cuanto a sí mismo, y eso se halla justamente en las páginas de la Biblia.

Dios existe

La Biblia simplemente da por cierto que Dios existe. El primer versículo de la Biblia: «Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra» (Gn 1:1), lo presenta clara y diáfana como el Creador sin ninguna prueba para su existencia o acciones.

La Biblia también nos dice que todas las personas en todas partes tienen un sentido profundo, interno, que Dios existe, que ellos son sus criaturas y que él es su creador. En Romanos 1:19, Pablo escribe que incluso para los no cristianos este sentido «es evidente... pues él mismo se los ha revelado».

El conocimiento de Dios al que Pablo se refiere «se percibe claramente a través de lo que él creó» (Ro 1:20). Todo ser da evidencia de Dios y su carácter.

Dios es conocible

No solo Dios existe, sino que lo hace de tal manera que podemos saber cosas en cuanto a él y llegar a conocerlo personalmente. Sin embargo, nunca conoceremos plenamente a Dios.

Conocerle es tan maravilloso para nosotros que rebasa toda comprensión; es «tan sublime... que no puedo entenderlo» (Sal 139:6)

En tanto que nunca conoceremos por completo a Dios, si podemos conocerle personalmente. Jesús dijo que la vida eterna se halla en conocerle a él y en conocer al «único Dios verdadero» (Jn 17:3) que lo envió a nosotros.

Dios es independiente

La independencia de Dios quiere decir que en realidad él no nos necesita ni a ninguna otra cosa creada; Pablo dice en Hechos 17:24-25: «El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él... No vive en templos contruidos por hombres, ni se deja servir por manos humanas, como si necesitara de algo. Por el contrario, él es quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas».

Aunque Dios no nos necesita, nos permite darle gozo a su corazón.

Dios es inmutable

Él es inmutable en su ser, atributos, propósitos y promesas. El salmista alaba a Dios por ser el mismo (cf. Sal 102:27). Dios afirma esto cuando, en referencia a sus atributos, dice que no cambia: «Yo, el SEÑOR, no cambio» (Mal 3:6).

Además, Dios es inmutable en sus propósitos. Una vez que ha determinado realizar algo, lo realizará. Porque «los planes del SEÑOR quedan firmes para siempre; los designios de su mente son eternos.» (Sal 33:11).

Dios también es inmutable en sus promesas. Como está escrito en Números 23:19: «Dios no es un simple mortal para mentir y cambiar de parecer. ¿Acaso no cumple lo que promete ni lleva a cabo lo que dice?»

Dios es eterno

Dios, siendo eterno, no tiene ni principio ni fin ni sucesión de eventos en su propio Ser. Esto lo afirma el Salmo 90:2: «Desde antes que nacieran los montes y que crearas la tierra y el mundo, desde los tiempos antiguos y hasta los tiempos postreros, tú eres Dios». Él ha estado obrando desde «antes de la creación del mundo» (Ef 1:4).

Debido a que Dios es eterno, su noción del tiempo es radicalmente diferente de la nuestra. Por ejemplo «Mil años (son para él) como el día de ayer, que ya pasó; son como unas cuantas horas de la noche» (Sal 90:4). Por consiguiente, toda la historia pasada es para Dios como si acabara de suceder. Pedro afirma esto cuando escribe «que para el SEÑOR un día es como mil años, y mil años como un día» (2 P 3:8).

Dios es omnipresente

Así como Dios es ilimitado respecto al tiempo, también lo es con respecto al espacio. Él es omnipresente. No tiene tamaño o dimensiones espaciales; está presente en todo punto del espacio con todo su Ser. No puede estar limitado por el espacio material por qué él lo creó (cf. Gn 1:1).

Como David escribió: «¿A dónde podría alejarme de tu Espíritu? ¿A dónde podría huir de tu presencia? Si subiera al cielo, allí estás tú; si tendiera mi lecho en el fondo del abismo, también estás allí. Si me elevara sobre las alas del alba, o me estableciera en los extremos del mar, aun allí tu mano me guiaría, ¡me sostendría tu mano derecha!» (Sal 139:7-10).

Dios es Espíritu

Jesús afirmó que Dios de ninguna manera está limitado a una ubicación espacial: «Dios es espíritu» (Jn 4:24). Dios existe de tal manera que su Ser no está constituido de materia. Él no tiene partes, ni tamaño, ni dimensiones. Nuestros sentidos corporales no son capaces de percibirlo.

Sin embargo, Dios ha decidido hacernos, en nuestra naturaleza espiritual, de alguna manera semejante a él. Nos ha dotado con espíritus con los cuales debemos adorarle (cf. Jn 4:24).

Cuando morimos, si estamos unidos a él, nuestro espíritu volverá «a Dios que es quien lo dio» (Ec 12:7).

Dios es invisible

Debido a que Dios es espíritu, también es invisible. «A Dios nadie lo ha visto nunca» (Jn 1:18). De igual manera, nadie jamás podrá ver la esencia de él o todo su Ser. La Biblia, sin embargo, registra momentos cuando algunas personas han visto manifestaciones externas de Dios. Isaías nos dice que vio «al SEÑOR excelso y sublime, sentado en un trono» (Is 6:1). «El SEÑOR se le apareció a Abraham junto al encinar de Mamré» (Gn 18:1); y Jacob dijo que vio «a Dios cara a cara» (Gn 32:30). En estos y otros instantes similares, él tomó una forma visible para mostrarse a algunas personas. Una manifestación visible mucho mayor de Dios se halla en la persona de Jesucristo. Como Jesús dijo: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14:9).

Dios es omnisciente

Dios «lo sabe todo» (1 Jn 3:20). Él sabe todas las cosas que existen y todo lo que ha sucedido. «Ninguna cosa creada escapa a la vista de Dios. Todo está al descubierto, expuesto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas» (Heb 4:13).

Dios es sabio

Dios no es solo todo sapiente sino también todo sabio. Esto quiere decir que siempre escoge las mejores metas y los mejores medios posibles para alcanzar esas metas. Él es el «único sabio Dios» (Ro 16:27). «Él es sabio de corazón» (Job 9:4, RVR) y con él «están la sabiduría y el poder; suyos son el consejo y el entendimiento» (Job 12:13).

Dios concede esta sabiduría a sus hijos. Con esto en mente, Santiago anima a sus lectores a pedirle a Dios sabiduría «Si a alguno... le falta... él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie» (Stg 1:5).

Incluso así, nunca participaremos plenamente de la sabiduría de Dios. Debido a lo «profundas (que) son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios (sus juicios son) indescifrables... e impenetrables sus caminos» (Ro 11:33).

Dios es veraz

«El SEÑOR es el Dios verdadero» (Jer 10:10). Todo su conocimiento y todas sus palabras son a la vez verdad y la norma final de verdad.

Dios es bueno

Jesús dijo: «Nadie es bueno sino solo Dios» (Lc 18:19). Por consiguiente, Dios es la norma final de lo bueno y todo lo que es y hace es bueno y digno de aprobación.

Debido a que Dios es la norma culminativa de lo bueno, también es la fuente última de todo lo bueno. Santiago nos dice: «Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes» (Stg 1:17). Él es el que concede todo don bueno a sus hijos.

Dios es amor

«Dios es amor» (1 Jn 4:8). Dios eternamente da de Sí mismo para el bien de otros. Este amor eterno halla su expresión en el amor de Dios que da de Sí mismo hacia sus hijos. Juan nos dice: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados» (1 Jn 4:10).

Debido a que Dios nos ha amado y nos amará por toda la eternidad, podemos dar generosamente de ese amor a otros.

Dios es Santo

«¡Santo es el SEÑOR nuestro Dios!» (Sal 99:9). Eso quiere decir que está separado del pecado y dedicado a buscar su propio honor.

La santidad de Dios provee el patrón que sus hijos deben imitar. Como dice él en Levítico 19:2: «Sean santos, porque yo, el SEÑOR su Dios, soy santo». Por el poder del Espíritu Santo debemos «buscar... la santidad, sin la cual nadie verá al SEÑOR» (Heb 12:14).

Dios es justo y recto

Moisés dijo de Dios: «todos sus caminos son justos. Dios es fiel; no practica la injusticia. Él es recto y justo» (Dt 32:4).

Él dice la verdad y declara «lo que es recto» (Is 45:19). Debido a que Dios es recto y justo, debe tratar a los seres humanos como se merecen. Por consiguiente, él debe castigar lo que está en su contra; es decir, el pecado. Sin embargo, a veces perdona a las personas y no las castiga por su pecado. ¿Cómo puede hacerlo si es justo? Él puede perdonar a las personas porque Cristo murió para llevar sobre sí mismo el castigo de Dios por el pecado.

Debido a que Dios es todopoderoso, a la larga todas las cosas serán hechas rectas.

Dios es celoso

Al explicar el primero de los Diez Mandamientos, Dios dice: «Yo, el SEÑOR tu Dios, soy un Dios celoso» (Éx 20:5). En sus celos, continuamente procura proteger su propio honor. Desea que se le rinda adoración solo a él y no a ningún otro ni a ninguna otra cosa. No es incorrecto que Dios busque continuamente su propio honor, porque es un honor que solo él, como Dios, merece.

Dios tiene ira contra el pecado

Dios aborrece intensamente todo pecado. La ira de Dios arde contra el pecado, y esta, a la larga, consumirá a los que rechazan a Jesús y continúan en su pecado. Es la «ira de Dios», dice Pablo, que «viene revelándose

desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos» (Ro 1:18). La ira de Dios no es algo que los que creen en Cristo deban temer. La ira que merecíamos fue aplicada por completo sobre Jesús que, mediante su muerte y resurrección, «nos libra del castigo venidero» (1 Ts 1:10). Pero, para los que rechazan a Jesús, la ira de Dios es algo que deben temer, porque permanece por completo sobre ellos (cf. Jn 3:36).

Dios hará lo que quiere

Dios continuamente «hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad» (Ef 1:11). La voluntad de Dios es como él escoge hacer lo que hace o no hace. Incluso la muerte de Cristo y todos los acontecimientos alrededor de la misma tuvieron lugar conforme a la voluntad de Dios. Lucas nos dice en Hechos 4:27-28 que los que participaron en la muerte de Cristo hicieron todo lo que la mano de Dios y sus planes «habían determinado que sucediera».

En otras ocasiones la Biblia no nos da dirección clara en cuanto a lo que debemos hacer o cómo debemos actuar. Es en momentos como estos que nuestra actitud debe ser de confianza humilde en Dios y su control soberano sobre los sucesos de nuestra vida.

Es peligroso hablar de acontecimientos de maldad como si estos sucedieran conforme a la voluntad de Dios, aun cuando se hallen referencias en donde la Biblia hable de esta manera. Cuando explicamos el mal como resultado de la voluntad de Dios, puede sonar como si él tuviera la culpa por el mal y el pecado, o como si lo implicásemos como si se deleitara en tal mal. Pero este no es el caso. En la Biblia, los seres humanos y los ángeles pecadores (demonios) siempre tienen la culpa por actuar mal y pecar; nunca se le echa la culpa a Dios.

Dios tiene libertad

El Salmo 115:3 dice: «Nuestro Dios está en los cielos y puede hacer lo que le parezca». Nada impide que Dios haga su voluntad. Él no está limitado por algo fuera de Sí mismo; es completamente libre de hacer lo que quiera.

Dios es omnipotente

«¿Acaso hay algo imposible para el SEÑOR?...» se pregunta en Génesis 18:14. Dios es omnipotente. Es todopoderoso. Puede hacer todo de su santa voluntad. No hay límites en lo que decida hacer. Dice el apóstol Pablo que Dios «puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir» (Ef 3:20). Como Jesús dice: «para Dios todo es posible» (Mt 19:26). El poder de Dios es infinito.

Pero hay algunas cosas que Dios no puede hacer. No puede ni hará nada que niegue su propio carácter. Por ejemplo, él no puede mentir (cf. Tito 1:2); no puede ser tentado por el mal (cf. Stg 1:13); y no puede negarse a sí mismo (cf. 2 Ti 2:13).

Dios es perfecto

Jesús nos dice en Mateo 5:48 que «su Padre celestial es perfecto». Esto quiere decir que Dios posee plenamente todas las cualidades excelentes y no le falta nada de ninguna cualidad que sería deseable en él.

Dios es bendito

La bendición de Dios quiere decir que él se deleita plenamente en Sí mismo y en todo lo que refleja su carácter. Dijo que era «muy bueno» (Gn 1:31).

Conforme hallamos deleite y felicidad en lo que le agrada, como en el trabajo de otros aspectos de nuestras propias vidas o cosas de la creación, demostramos las maneras en que nos ha bendecido y, por consiguiente, le honraremos y le imitaremos en su bendición.

Dios es hermoso

David nos dice que su mayor y particular anhelo en la vida es habitar en la casa de Dios toda su vida (cf. Sal 27:4). Una razón que indica para este anhelo es que desea «contemplar la hermosura del SEÑOR». Dios es la suma de todas las cualidades deseables, y posee toda cualidad verdaderamente deseable.

Dios es uno

Dios es uno en todos sus atributos. Él no es un atributo más que otro. Él no está dividido en partes, y no tiene un atributo en un momento de la historia y luego otro.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Cuáles de los atributos de Dios expuestos aquí usted comparte? ¿Cuáles de los atributos de Dios no comparte? Mencione un atributo de Dios que le gustaría imitar completamente en su vida diaria y diga por qué.
2. ¿Puede decir cuáles serían algunos de los peligros al considerar uno de los atributos de Dios como más importante que los demás?
3. ¿Cuál de los atributos de Dios le parece más asombroso? ¿Qué ha aprendido acerca de Dios mediante ese atributo?

5.3 ¿Qué es la Trinidad?

A veces algunos usan tres diferentes nombres al referirse a Dios: Dios o Padre, Jesucristo, y Espíritu Santo. Pero estos son más que simplemente formas de llamarle; son, en verdad, nombres de tres personas muy distintas. Pero aunque Dios Padre, Dios Hijo (Jesús) y Dios Espíritu Santo han existido eternamente como tres personas distintas, son un solo Dios.

La noción bíblica de la Trinidad

La palabra «Trinidad» nunca se halla en la Biblia, pero la idea que la palabra representa se afirma en muchos versículos. Por ejemplo, en Génesis 1:26, Dios dijo: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza». El uso de «nosotros» y «nuestra» implica más de una persona interviniendo en la creación. Los únicos otros seres a los que Dios posiblemente podía estarse refiriendo serían los ángeles, pero nosotros no somos hechos a imagen de los ángeles sino «a imagen de Dios» (Gn 1:27), así que este versículo debe implicar que hay más de una persona en Dios. Cuando Jesús fue bautizado, «se abrió el cielo, y él vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Y una voz del cielo decía: «Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él» (Mt 3:16-17). En ese momento todos los tres miembros de la Trinidad estaban desempeñando tres actividades distintas: Dios Padre estaba hablando, Dios Hijo estaba siendo bautizado, y Dios Espíritu Santo estaba posándose sobre el Hijo. De modo similar, cuando Jesús envió a sus discípulos para hacer su obra, les ordenó que «(fueran e hicieran) discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28:19).

El significado de la Trinidad

La Trinidad significa que cada una de las personas que la componen (Padre, Hijo y Espíritu Santo) es plenamente Dios. La Biblia también dice claramente que hay solo un Dios y no tres. La Biblia dice que Dios es uno en esencia y ser. Dt 6:4, dice: «Dios es el único SEÑOR». Isaías 45:5 es un ejemplo de esto: «Yo soy el

SEÑOR, y no hay otro; fuera de mí no hay ningún Dios». Pablo también lo afirma en Romanos 3:30, cuando escribe: «pues no hay más que un solo Dios» y de nuevo en 1 Timoteo 2:5: «porque hay un solo Dios».

A veces parece difícil entender cómo hay tres personas distintas en la Trinidad, cada una con todo el Ser de Dios en sí misma, siendo un solo Dios indivisible. Debería ser difícil. Pero la Trinidad es uno de esos misterios que solo podemos describir en parte.

Los distintos papeles de la Trinidad

Los diferentes papeles dentro de la Trinidad se pueden ver en nuestra salvación. Dios Padre amó tanto «al mundo que dio a su Hijo unigénito... para salvarlo por medio de él» (Jn 3:16-17). De esta determinación Jesús dijo: «Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la del que me envió» (Jn 6:38). La voluntad del Padre fue que Jesús muriera por nuestros pecados para que no tuviéramos que morir (cf. Heb 10:10). Cuando Jesús resucitó de los muertos y ascendió al cielo, él y el Padre enviaron al Espíritu Santo para que completara la obra que ellos habían empezado (cf. Jn 14:16 y Jn 16:7).

La unidad y diversidad dentro de la Trinidad provee una base maravillosa para la unidad y diversidad que experimentamos en la vida diaria. Al casarse, por ejemplo, dos personas distintas se unen y, por esta decisión, llegan a ser «un solo cuerpo» (Ef 5:31).

Otro ejemplo de unidad y diversidad se ve en la iglesia: esta tiene muchos miembros, todos con diferentes habilidades, pero un solo cuerpo con un propósito (cf. 1 Co 12:12). También se ve en la constitución étnica de la iglesia: esta incluye miembros «de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas» (Ap 7:9).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Puede mencionar tres pasajes claves de la Biblia que hablen acerca de la Trinidad? ¿Qué nos dicen exactamente estos pasajes en cuanto a la Trinidad?
2. ¿Por qué ninguna analogía logra explicar completamente la Trinidad? ¿Quiere esto decir que debemos tratar de concebir una analogía que resulte? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿De qué forma las maneras diferentes en que el Padre, Hijo y Espíritu Santo se relacionan uno como otro nos proveen de un modelo para las maneras en que debemos relacionarnos unos con otros?

5.4 ¿Qué es la creación?

La creación creada

Dios creó el universo de la nada; nada excepto Dios existía antes de que el universo fuera creado. Todas las cosas, las que Génesis 1:1 llama «los cielos y la tierra», fueron creadas por Dios. Juan 1:3 afirma que: «Por medio de él todas las cosas fueron creadas». Y en Colosenses 1:16 leemos que: «por medio de él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles».

Dios habló para dar existencia a toda la creación: desde la tierra y las aguas, hasta las plantas y los animales (cf. Gn 1:3-25); es decir, toda la creación excepto el hombre. El hombre y la mujer fueron creados por las mismas manos de Dios y recibieron vida del mismo aliento de él (cf. Gn 2:7,22). Además, los seres humanos son los únicos que Dios hizo «a su imagen» (Gn 1:27). Y ser hecho a imagen de Dios quiere decir que somos semejantes a él y que le representamos.

Hay muchas teorías científicas que están en conflicto directo con la historia bíblica de la creación; tal como la que afirma que todo lo vivo llegó a existir como resultado de mutaciones al azar en un período muy largo de tiempo, y no como el resultado del diseño inteligente de Dios a través de su infinito poder. Las teorías científicas que no ven a Dios como el Creador no nos conceden la dignidad que nos da el relato bíblico.

Por otro lado, algunas observaciones científicas del mundo pueden corregir los malos entendidos de algunos.

Por lo tanto, debemos ejercer cuidado al hablar sobre asuntos respecto a los cuales la Biblia no lo hace claramente. Cuando nuestras observaciones del mundo natural parecen estar en conflicto con nuestro entendimiento bíblico, debemos echar un nuevo vistazo a ambas cosas, tratando de hallar en dónde nuestra comprensión limitada y conocimiento imperfecto pueden estar errados. A la larga, un entendimiento apropiado de la ciencia y de la Biblia no estará en conflicto.

La creación distinta pero dependiente

Como creador, Dios es distinto de la creación; él no es parte de la creación, él es diferente de la creación en muchas maneras. Él hizo todas las cosas y gobierna sobre estas. Dios a la vez está involucrado y es distinto de la creación. Él no depende de la creación sino que la creación depende de él.

Debido a que Dios es más grande que toda la creación e interviene en toda ella, si esperamos en Dios, no tenemos nada que temer.

La creación que da Gloria

Toda la creación fue hecha para dar gloria a Dios. «Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos» (Sal 19:1). Dios dice también que fueron creados para su gloria (cf. Is 43:7). De hecho, el papel de Dios como Creador le hace digno de nuestra gloria. «Digno eres, SEÑOR y Dios nuestro, de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste todas las cosas; por tu voluntad existen y fueron creadas» (Ap 4:11).

La creación fue un acto totalmente libre por parte de Dios. Él creó el universo para mostrar su grandeza, para demostrar su excelencia y para deleitarse en su obra.

La creación buena

«Todo lo que Dios ha creado es bueno, y nada es despreciable si se recibe con acción de gracias» (1 Ti 4:4).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿De qué maneras los actos de Dios en la creación nos dan gran humildad? ¿Cómo nos dan gran dignidad?
2. Haga una lista de algunas de las maneras en que la tierra, los animales, y usted mismo pueden dar gloria a Dios el Creador.
3. ¿Qué piensa Dios en cuanto a toda su creación? ¿Cómo cambió la opinión de Dios de la creación después que Adán y Eva pecaron? ¿Cómo es la noción de Dios de toda su creación, diferente a la suya, en algunos aspectos específicos?

5.5 ¿Qué es la oración?

Una de las maneras en que Dios permite que su creación se mantenga en contacto con él es mediante la oración. La oración, que es comunicarse personalmente con él, no solo nos ayuda a saber en cuanto a Dios sino que también nos ayuda a conocerlo verdaderamente. Por la oración podemos comunicarle nuestras peticiones, confesarle nuestros pecados, y darle adoración, alabanza y agradecimiento.

La razón para la oración

Dios no quiere que oremos a fin de enterarse de lo que necesitamos, porque Jesús dice: «su Padre sabe lo que ustedes necesitan antes de que se lo pidan» (Mt 6:8). Más bien, Dios quiere que oremos para que nuestra dependencia en él pueda aumentar.

Dios no simplemente desea que nuestra confianza en él crezca mediante la oración; también desea que nuestro amor y nuestra relación con él se profundicen y crezcan.

Dios quiere que oremos porque nos permite ser parte de una historia más grande que la nuestra e intervenir en actividades que tienen significación eterna. Cuando oramos, el reino de Dios avanza y su voluntad se hace «en la tierra como en el cielo» (Mt 6:10).

La eficacia de la oración

Cuando en oración pedimos, Dios a menudo responderá. Jesús nos insta a esto: «Así que yo les digo: Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá la puerta. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre» (Lc 11:9-10). El hecho de que no le pidamos a Dios es a menudo la razón por la que no recibimos lo que él se deleita en darnos. Santiago dice: «No tienen, porque no piden» (Stg 4:2).

Debido a que Jesús es el único verdadero mediador entre un Dios santo y los hombres pecadores, pudo decirle a sus discípulos: «mi Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre» (Jn 16:23). Cuando dijo esto no quería decir que debemos insertar la frase «en el nombre de Jesús» en cada una de nuestras oraciones. Más bien, lo que quiso decir es que nuestras oraciones deben elevarse basadas en su autoridad como nuestro mediador y de acuerdo a su carácter.

Nuestra actitud en la oración

No solo que nos oye, sino que «si sabemos que Dios oye todas nuestras oraciones, podemos estar seguros de que ya tenemos lo que le hemos pedido» (1 Jn 5:15). Estas oraciones que Jesús responde y que nosotros anhelamos elevar, deben ser «conforme a su voluntad» (1 Jn 5:14).

A veces Dios nos concederá lo que pedimos. O quizás nos hará comprender más la situación para que nuestros corazones se inclinen a pedirle alguna otra cosa. Y en otras ocasiones parecerá que guarda silencio. En esos tiempos difíciles debemos contentarnos con saber que la voluntad de Dios en esa situación es incluso mejor que recibir lo que hemos pedido.

Cualquier cosa en nuestras vidas que desagrade a Dios estorbará nuestras oraciones. Como el salmista explica: «Si en mi corazón hubiera yo abrigado maldad, el SEÑOR no me habría escuchado» (Sal 66:18). De modo similar, «El SEÑOR se mantiene lejos de los impíos, pero escucha las oraciones de los justos» (Pr 15:29). Y «los ojos del SEÑOR están sobre los justos, y sus oídos, atentos a sus oraciones; pero el rostro del SEÑOR está contra los que hacen el mal» (1 P 3:12). Sin embargo, no necesitamos estar completamente libres de pecado a fin de que Dios pueda oír nuestras oraciones. Si Dios solo contestara las oraciones de personas perfectas y sin pecado, entonces Dios contestaría solamente las oraciones de Jesús. Y, como ya se dijo antes, es solo debido a la obra de Jesús a nuestro favor que Dios las oye.

Cuando nuestras oraciones no son contestadas nos unimos a la compañía de hombres como Jesús y Pablo cuyas oraciones, en ocasiones, no fueron contestadas. Jesús, antes de ser crucificado, le pidió a su Padre que «no (le hiciera) beber (ese) trago amargo». Pero su humildad y sumisión a la voluntad de Dios es evidente en la segunda parte de su oración: «pero no se cumpla mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22:42). «Tres veces» Pablo le rogó al Señor que le quitara su aflicción, pero el SEÑOR no lo hizo así, sino que más bien le dijo: «Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Co 12:8-9). Estas oraciones no contestadas no impidieron que Jesús o Pablo confiaran en un Dios el cual obra en «todas las cosas para el bien» (Ro 8:28).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Por qué Dios quiere que oremos? ¿Cómo ha experimentado usted recientemente estos beneficios de la oración? Dedique un momento para orar, agradeciéndole a Dios por la manera en que le ha bendecido mediante la oración.
2. ¿Tiene Dios la obligación de darnos lo que le pedimos en oración? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿Hay algo en su vida ahora mismo que pudiera estar estorbando sus oraciones? Si es así, dedique un momento para orar, pidiéndole a Dios que le perdone esas cosas.

5.6 ¿Quiénes son los ángeles, Satanás y los demonios?

Ángeles

Los ángeles son seres espirituales creados con juicio moral y alta inteligencia pero sin cuerpos físicos. Son los guerreros de Dios y, como grupo, a menudo se hace referencia a ellos como las huestes (o ejércitos) del cielo. No siempre han existido; son parte del universo que Dios creó. Esdras afirma esto cuando dice de Dios: «Tú has hecho los cielos, y los cielos de los cielos con todas sus estrellas» (Neh 9:6).

Puesto que los ángeles son espíritus (Heb 1:14), no tienen cuerpos físicos, porque como Jesús dice: «un espíritu no tiene carne ni huesos» (Lc. 24:39). Por consiguiente, a los ángeles no se les puede ver a menos que el SEÑOR abra nuestros ojos espirituales (como lo hizo con Balaam en Números 22:31) o si ellos toman forma corporal para aparecerse a nosotros (como sucedió en la tumba de Jesús en Mateo 28:5). No obstante, normalmente los ángeles son invisibles mientras realizan sus actividades ordinarias de guardarnos en nuestros caminos (Sal 91:11) y unirse a nosotros en nuestra adoración a Dios (Heb. 12:22). Ellos demostraron juicio moral cuando los otros ángeles pecaron y fueron arrojados del cielo (2 P 2:4). Expresaron inteligencia al hablar a los seres humanos (Mt 28:5) y al entonar alabanzas a Dios (Ap 4:11).

Los ángeles tienen gran poder. Se les llama poderosos (Sal 103:20) y «superan en fuerza y en poder» a los seres humanos injustos (2 P 2:11). Incluso así, Dios demuestra un mayor amor por los seres humanos que por los ángeles, porque «Dios no perdonó a los ángeles cuando pecaron, sino que los arrojó al abismo, metiéndolos en tenebrosas cavernas y reservándolos para el juicio» (2 Pe 2:4). En contraste, cuando Adán y Eva pecaron, aunque fueron expulsados del paraíso, no fueron arrojados al infierno. En lugar de encadenarlos, Dios les hizo ropa, cubriendo su vergüenza (Gn. 3:21-23).

Conforme los ángeles obedientemente realizan los planes de Dios al ejecutar su palabra (Sal 103:20), sirven como ejemplos para nosotros. Nosotros debemos, por tanto, estar conscientes de la presencia invisible de los ángeles mientras andamos de aquí para allá en nuestras vidas diarias. Pero no debemos orar a los ángeles ni adorarlos. Cuando Juan trató de adorar a un ángel, éste rápidamente le dijo: «¡No, cuidado! Soy un siervo como tú y como tus hermanos que se mantienen fieles al testimonio de Jesús» (Ap. 19:10).

Demonios

Los demonios son ángeles malos que pecaron contra Dios y que continuamente hacen el mal en el mundo. Satanás es el nombre personal del jefe de los demonios. Se le menciona por nombre en pasajes tales como 1 Crónicas 21:1, en donde dice que él «conspiró contra Israel e indujo a David a hacer un censo del pueblo». En otro tiempo Jesús le respondió cuando le tentaba en el desierto, diciendo: «¡Vete, Satanás!» (Mt 4:10).

La Biblia también usa los siguientes nombres para este líder maligno: «diablo» (Mt. 4:1), «serpiente» (Gn 3:1) «beelzebú» (Mt 10:25), «príncipe de este mundo» (Jn. 12:31), «poder de este mundo» (Ef 2:2), y «el maligno» (Mt 13:19). Satanás fue «un asesino... desde el principio y es un mentiroso» (Jn 8:44). El «diablo», nos dice 1

Juan 3:8, «ha estado pecando desde el principio». Él es el originador del pecado, habiendo pecado antes de que «con su astucia engañara a Eva» (2 Co 11:3).

Satanás y sus demonios tratarán de usar todo tipo de táctica destructiva para cegar las personas «para que no vean la luz del glorioso evangelio de Cristo» (2 Co 4:4). El diablo y sus demonios tienen poder limitado, y además Dios tiene el control de lo que pueden y no pueden hacer. Están «perpetuamente encarcelados en oscuridad» (Jud 6). Al mismo Satanás se le puede resistir exitosamente por la autoridad en Cristo: «Resistan al diablo, y él huirá de ustedes» (Stg 4:7). Estos seres no pueden saber el futuro, porque solo Dios puede declarar «el fin desde el principio; desde los tiempos antiguos, lo que está por venir» (Is 46:10).

Actividad demoníaca

Como los ángeles de Dios, Satanás y sus demonios están activos en el mundo y hacen mucho mal. La Biblia nos anima a «practicar el dominio propio y mantenernos alertas... porque el diablo ronda como león rugiente, buscando a quién devorar» (1 P 5:8). Por tanto se nos anima a resistirle (1 Pe 5:9) y a no darle cabida (Ef 4:27).

Siendo que estos ataques vienen en varias formas y grados, los que creen en el Hijo deben darse cuenta que por su sacrificio en la cruz fue que se anuló el poder de quien tenía «el dominio de la muerte —es decir, el diablo—» (Heb 2:14). En la cruz Dios: «Desarmó a los poderes y a las potestades, y por medio de Cristo los humilló en público al exhibirlos en su desfile triunfal» (Col 2:15). Por consiguiente, si estos seres lanzan un ataque contra nosotros, debemos cobrar confianza en la victoria de Cristo y usar: «Las armas con las que luchamos... las que tienen el poder divino para derribar fortalezas» (2 Co 10:4). A veces tal vez decidamos hablarle directamente a un espíritu malo, ordenándole en el nombre de Jesús que se vaya (Lc 9:1; 10:17; Hch 8:7; 16:18; Stg 4:7). No debemos temerles a los demonios, porque «el que está en ustedes es más poderoso que el que está en el mundo» (1 Jn 4:4).

En Romanos 16:20, Pablo les dice a los cristianos que «Muy pronto el Dios de paz aplastará a Satanás bajo los pies de (ellos)». Conforme las buenas nuevas del evangelio se predicán y las personas llegan a creer en Jesús, se gana otra batalla espiritual. Algún día Cristo vendrá y eliminará por completo la influencia de Satanás y los demonios de este mundo (cf. 2 Ts 2:8; Ap 20:1-3).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿En qué se parecen los ángeles a nosotros? ¿En qué son diferentes de nosotros?
2. ¿Cuál es el papel primario de los ángeles en el mundo hoy?
3. ¿Cuáles son algunas cosas que la Biblia nos dice en cuanto a Satanás? ¿Cómo nos ponen estas cosas en guardia contra Satanás? ¿Cómo estas cosas nos quitan algunos temores que teníamos en cuanto a Satanás?

5.7 ¿Qué es el hombre?

Después que Dios creó las plantas y los animales en la tierra, tenía algo más para crear: el pináculo de su creación: «Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó, y los bendijo con estas palabras: “Sean fructíferos y multiplíquense; llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar y a las aves del cielo, y a todos los reptiles que se arrastran por el suelo”» (Gn 1:27-28).

Dios escogió crearnos para darle gloria. En Isaías 43:7 Dios dice: «el que sea llamado por mi nombre, al que yo he creado para mi gloria».

Creados para la gloria de Dios

Debido a que fuimos creados para gloria de Dios, nuestra meta última debe ser vivir para cumplirlo. Darle a él gloria proveerá a nuestras vidas propósito y significado; y el gozo que todos anhelamos. Darle a Dios gloria es parte de la vida de la que Jesús habló cuando dijo: «yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia» (Jn 10:10).

Creados a imagen de Dios

Como criaturas hechas a imagen de Dios, fuimos hechos para ser semejantes a él. Por consiguiente, mientras más comprendamos en cuanto a Dios, más entenderemos en cuanto a nosotros mismos. Y mientras más comprendamos en cuanto nosotros mismos, más entenderemos acerca de Dios.

Además, no somos criaturas meramente físicas; también somos espirituales; lo que quiere decir que somos semejantes a Dios, que es espíritu. Nuestro espíritu es un reflejo de la naturaleza de Dios y nos permite relacionarnos personalmente con él.

Debido al pecado, la imagen de Dios en nosotros está parcialmente distorsionada. Las buenas noticias son que la imagen de Dios está siendo restaurada en nosotros. Dios redime a sus hijos por la vida, muerte y resurrección de Jesús para que puedan ser «transformados según la imagen de su Hijo» (Ro 8:29), quien es «la imagen del Dios invisible» (Col 1:15). Pablo dice que los cristianos tienen una naturaleza, «que se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador» (Col 3:10). Y mientras estamos aquí en la tierra, «somos transformados... (a la imagen de Cristo) con más y más gloria» (2 Co 3:18).

Responsabilidades como criaturas a imagen de Dios

Como criaturas hechas a imagen de Dios, también fuimos hechos para ser sus representantes en la Tierra. Por eso les ordenó a Adán y Eva que fueran fructíferos y que se multiplicaran por toda la tierra y la sometieran (Gn 1:28). Cuando ellos replicaron la imagen de Dios por toda la Tierra, expusieron todos los lugares en donde gobierna y reina. Y puesto que: «Del SEÑOR es la Tierra y todo cuanto hay en ella, el mundo y cuantos lo habitan» (Sal 24:1), él desea que su imagen «llene la tierra» (Gn 1:28).

Como representantes de Dios, también somos llamados a cuidar su tierra. Cuando Dios le ordenó a Adán y Eva que sometieran la tierra y dominaran a todos los que se arrastraran por el suelo (Gn 1:28), lo hizo como un rey le dice a sus representantes que cuiden de su reino de manera que lo honren. Por tanto, aunque somos libres para aprovechar la abundancia de la tierra de Dios, debemos hacerlo de manera que demuestre cuidado y respeto por su Creador.

Como portadores de la imagen de Dios, es decir, como representantes del Rey del universo, tenemos la asombrosa responsabilidad de ayudar a restaurar a su pueblo y a su tierra a la manera en que se supone que deben ser. Por consiguiente, tenemos gran esperanza y respeto por toda persona: independientemente de su situación.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Cuál fue la razón por la que fuimos creados? ¿Cuáles son algunos ejemplos específicos de las formas en que podemos poner en práctica el propósito para el que fuimos creados?
2. ¿Qué quiere decir que fuimos creados a imagen de Dios? ¿Cómo afecta esto el concepto que tenemos de nosotros mismos?
3. ¿Cuáles son nuestras responsabilidades como portadores de la imagen de Dios? ¿Cuáles son algunas maneras en que usted y su iglesia pueden poner en práctica esas responsabilidades?

5.8 ¿Qué es el pecado?

El pecado lo trastorna todo. No vivimos la vida tal como originalmente fue diseñada ni tampoco vivimos en el mundo en el cual fuimos diseñados. La historia de la raza humana, según se presenta en la Biblia, es la historia de Dios arreglando seres humanos destrozados que viven en un mundo de igual condición. Es la historia de la victoria de Dios sobre los muchos resultados del pecado en el mundo.

¿Qué es el pecado?

El pecado es todo fracaso en cuanto a ajustarse a la ley moral de Dios en acción, actitud o naturaleza. Dios establece su ley moral en muchos lugares en toda la Biblia. Uno de tales lugares son los Diez Mandamientos, que se hallan en Éxodo 20:1-17. Si el pecado es toda acción contraria a la ley moral de Dios, tiene sentido que Éxodo 20:13 diga: «No mates», y que Éxodo 20:15 diga: «No robes». Pero también el pecado se halla en actitudes contrarias a la ley moral de Dios. Por eso Éxodo 20:17, dice: «No codicies la casa de tu prójimo: No codicies su esposa»

Dios es eternamente bueno en su carácter; todo lo que Él es se ajusta perfectamente a su ley moral. Por eso, todo lo que es contrario a su ley moral es contrario a su carácter y contrario a Dios mismo. Dios aborrece el pecado porque contradice directamente todo lo que Él es.

¿Cuál es el origen del pecado?

El pecado existió en Satanás y sus demonios antes de la desobediencia de Adán y Eva, y luego entró en el mundo y en la humanidad mediante estos seres. Dios le dijo a Adán: «del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer» (Gn 2:17). Así que cuando ellos comieron (Gn 3:6), directamente contrariaron el mandamiento de Dios. De modo que ni Dios ni Satanás los obligaron (aunque fueron tentados por Satanás) a desobedecer; comieron voluntariamente y de igual forma pecaron.

El desacato de Adán también nos hizo heredar una naturaleza pecaminosa que naturalmente se opone a Dios y a su ley moral. Por eso Pablo dijo: «Yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa, nada bueno habita» (Ro 7:18). Por eso David dijo: «Yo sé que soy malo de nacimiento; pecador me concibió mi madre» (Sal 51:5).

Toda parte de nuestro ser queda afectada por el pecado: intelecto, emociones, deseos, corazón, metas, motivos e incluso cuerpos físicos. Todo esto está sujeto a la corrupción y a la destrucción causada por el pecado. Nuestras acciones, actitudes, y naturaleza nos hacen culpables de pecado. Incluso si no creemos que somos considerados culpables debido al pecado de Adán, todos tendríamos que admitir que hemos quebrantado la ley moral de Dios bien sea por actitud o acción.

¿Cómo nos afecta el pecado?

La Biblia es clara: «Ya no hay ser humano que no peque» (1 R 8:46); «No hay nadie que haga lo bueno; ¡no hay uno solo!» (Sal 14:3); «todos han pecado y están privados de la gloria de Dios» (Ro 3:23). La muerte, nos dice Pablo, es en realidad el castigo por todo pecado: «la paga del pecado es muerte» (Ro 6:23). Pero tal como Dios no impuso la pena de muerte de inmediato sobre Adán y Eva, no impone la pena de muerte de inmediato sobre nosotros. Es más, mediante la vida, muerte y resurrección de Jesús, Dios nos ofrece libertad de la condenación que trae el pecado. Pedro dice en cuanto a Jesús: «Él mismo, en su cuerpo, llevó al madero nuestros pecados, para que muramos al pecado y vivamos para la justicia» (1 Pe 2:24). Para los que acuden a Jesús para que sean perdonados sus pecados, «ya no hay ninguna condenación» (Ro 8:1).

Así, cuando pecamos como cristianos perdonados, nuestra posición legal ante Dios no es afectada. Como Pablo nos dice: «Cristo murió por nuestros pecados» (1 Co 15:3); sin ninguna distinción entre pecados pasados, presentes o futuros.

Aunque el pecado no afecta nuestra posición o estado delante de Dios, sí afecta nuestra comunión con Dios, porque él se aflige por nuestro pecado. Esto a menudo puede resultar en el correctivo de Dios en nuestras vidas puesto que «el SEÑOR disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como hijo» (Heb 12:6). Cuando los cristianos pecan, deben confesar ferviente y rápidamente sus pecados a Dios. Cuando lo hacemos así, hallamos que Dios «es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad» (1 Jn 1:9).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Qué es el pecado? ¿Cómo afecta nuestras vidas el mundo en el que vivimos?
2. ¿Continuarán los cristianos pecando? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿Cuáles son algunos de los resultados negativos del pecado en la vida del cristiano? ¿Qué deben hacer los cristianos si pecan?
4. ¿Cómo fue derrotado el pecado? ¿Qué le hace sentir esto? Dedique un momento para orar, diciéndole a Dios cómo la derrota que él logró sobre el pecado le hace sentir a usted.

5.9 ¿Quién es Cristo?

A través de la persona de Jesús, Dios estuvo físicamente en nuestro mundo. Un Dios infinito vino a vivir en un mundo finito. En Jesús, Dios y el hombre se hicieron una persona; una totalmente diferente a los demás; una que el mundo jamás ha visto y jamás verá. Jesucristo fue, y por siempre será, plenamente Dios y plenamente hombre en una sola persona.

Jesús: plenamente hombre

Jesús fue plena y completamente humano. Fue concebido en el vientre de su madre por la obra milagrosa del Espíritu Santo. Mateo 1:18 dice claramente que: «El nacimiento de Jesús, el Cristo, fue así: Su madre, María, estaba comprometida para casarse con José, pero antes de unirse a él, resultó que estaba encinta por obra del Espíritu Santo».

Así como nosotros tenemos un cuerpo humano, también Jesús. Como niño, él «crecía y se fortalecía» (Lc 2:40) y, al desarrollarse, «siguió creciendo en sabiduría y estatura, y cada vez más gozaba del favor de Dios y de toda la gente» (Lc 2:52). Por ejemplo, se cansó de un viaje (Jn 4:6); después de ayunar tuvo hambre (Mt 4:2); y mientras estaba en la cruz dijo que tenía sed (Jn 19:28). Su cuerpo fue, en todo aspecto, tal como el nuestro. Jesús resucitó de los muertos con un cuerpo humano que ya no estaba sujeto a debilidad, enfermedad o muerte. Les dijo a sus discípulos, que estuvieron aturdidos ante el Cristo resucitado: «Miren mis manos y mis pies. ¡Soy yo mismo! Tóquenme y vean; un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que los tengo yo» (Lc 24:39).

Además, Jesús sintió toda una variedad de emociones: Él se asombró por la fe del centurión (Mt 8:10); él lloró por la muerte de su amigo Lázaro (Jn 11:35); oró a Dios «con fuerte clamor y lágrimas» (Heb 5:7). Antes de su crucifixión dijo: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte» (Mt 26:38, RVR) y «Ahora todo mi ser está angustiado» (Jn 12:27). Jesús fue como nosotros en todo aspecto excepto uno: Él nunca pecó. Por eso al fin de su vida pudo decir: «yo he obedecido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (Jn 15:10). Por eso Pablo se refiere a Jesús como el «que no cometió pecado alguno» (2 Co 5:21). Pedro nos dice que Jesús «no cometió ningún pecado, ni hubo engaño en su boca» (1 P 2:22). Juan nos dice que «él no tiene pecado» (1 Jn 3:5). Claramente, Jesús es «uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado» (Heb 4:15).

Así como Jesús tenía que ser humano para vivir en nuestro lugar, también tenía que serlo en su muerte. Esto fue necesario debido a nuestra humanidad. Como Hebreos 2:17 nos dice que «era preciso que en todo se asemejara a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote fiel y misericordioso al servicio de Dios, a fin de expiar los pecados del pueblo».

Jesús: plenamente Dios

El nacimiento virginal de Jesús fue una obra sobrenatural de Dios. Pablo escribe de Jesús en Colosenses 2:9: «Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo». Además, cuando los contemporáneos de Jesús le llamaron «Señor», estaban empleando un término que se usó más de seis mil veces en la traducción al griego del Antiguo Testamento para referirse a Dios, o «el SEÑOR». Por consiguiente, cuando los ángeles anunciaron el nacimiento de Jesús, diciendo: «Hoy les ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el SEÑOR» (Lc 2:11), estaban afirmando que el mismo SEÑOR Dios había nacido. Cuando se le preguntó si había visto a Abraham, Jesús respondió diciendo: «antes de que Abraham naciera, ¡yo soy!» (Jn 8:58). Los que le oyeron decir esto «tomaron piedras para arrojárselas» (Jn 8:59), pues en esa época cualquier dirigente religioso que se respetara habría hecho lo mismo si alguien aducía ser Dios. Entendieron que Jesús estaba apropiándose del mismo título que Dios exigió para sí mismo en Éxodo 3:14: «YO SOY EL QUE SOY».

Pablo dijo que Jesús es digno de adoración: «Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el SEÑOR, para gloria de Dios Padre» (Fil 2:9-11).

Jesús: plenamente Dios y plenamente hombre

Probablemente esto es el milagro más asombroso de toda la Biblia: el Hijo eterno de Dios, siendo él mismo plenamente Dios, se hizo plenamente hombre y al hacerlo se unió a sí mismo a una naturaleza humana para siempre.

Preguntas para repaso y aplicación

1. Jesús es plenamente Dios. ¿Cuáles son algunas maneras en que esto lo anima?
2. Jesús es plenamente hombre. ¿Cuáles son algunas maneras en que esto lo anima?
3. Dedique un momento para orar y hablar directamente con Jesús, agradeciéndole por venir a la tierra y hacerse plenamente hombre por amor a usted.

5.10 ¿Qué es la expiación?

Antes del nacimiento del Hijo de Dios, un ángel le dijo a su padre terrenal, José, que debía ponerle por nombre Jesús al niño que estaba formándose en el vientre de María, «porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1:21). Jesús, en efecto, salvó a su pueblo de sus pecados: tanto mediante su vida como su muerte. La obra que Jesús hizo al vivir y al morir para ganar nuestra salvación se le llama la expiación.

La causa de la expiación

La Biblia es clara: Cristo vino para ganar nuestra salvación debido al amor fiel (o misericordia) y justicia de Dios. Juan 3:16 afirma del amor de Dios lo siguiente: «‘Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna». Pablo afirma la justicia de Dios cuando escribe que él puso a Jesús «como propiciación» (Ro 3:25, RVR); es decir, como sacrificio

que llevara su ira para que pudiera mirarnos favorablemente. Además dice que esto fue hecho «para así demostrar su justicia» y demostrar también que «Dios es justo» (Ro 3:25-26). En otras palabras; los pecados que Dios «pasó por alto» o no castigó antes de que Cristo viniera a la tierra, tenían que ser castigados de alguna manera para que Dios fuera «justo». Por consiguiente, alguien tenía que recibir el castigo por esos pecados, y ese fue Jesús. En su vida y muerte hallamos una plena expresión de la justicia (el pecado es castigado) y del amor leal de Dios (dio a su Hijo para que sufriera el castigo).

La necesidad de la expiación

Aunque no era obligatorio que Dios salvara a alguien, en su amor escogió salvar a algunos. Una vez que tomó esa decisión, la justicia de Dios hizo necesario que Cristo experimentara la vida y la muerte que tuvo. Después que Jesús resucitó de los muertos, retóricamente preguntó: «¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria?» (Lc 24:26). Él sabía que no había otra manera para que Dios nos salvara excepto que él muriera en lugar nuestro. Jesús tuvo que sufrir y morir por nuestros pecados.

Jesús, «con su propia sangre (consiguió) un rescate eterno» (Heb 9:12), quitando los pecados «mediante el sacrificio de sí mismo» (Heb 9:26).

La naturaleza de la expiación

Sin embargo, si Cristo se hubiera ofrecido solamente a Sí mismo como sacrificio, ganando para nosotros el perdón de los pecados, tendríamos acceso solo a una salvación parcial. Aunque la culpa nos sería quitada, seríamos como Adán y Eva cuando fueron creados al principio: libres de culpa pero capaces de pecar y no teniendo ningún historial vitalicio de obediencia. A fin de entrar en comunión con Dios, necesitaríamos vivir una vida de perfecta obediencia. Esta fue la razón por la cual Cristo tuvo que vivir en perfecta obediencia a Dios para que los méritos positivos de la misma pudieran ser contados a nuestro favor. Esto es lo que Pablo explica cuando dice: «por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos» (Ro 5:19). Por eso Pablo no tenía en cuenta su propia justicia, sino que más bien se apoyaba en «la que se obtenía mediante la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios, basada en la fe» (Fil 3:9). Cristo, mediante su vida sin pecado, llegó a ser nuestra justificación (1 Co 1:30).

Jesús nunca pecó. Jesús aborrecía el pecado. Sin embargo, voluntariamente tomó sobre Sí mismo todos los pecados de los que un día serían salvos. «Cargó con el pecado de muchos» (Is 53:12). Lo que aborrecía con todo su Ser fue derramado sobre Sí mismo. Como Pedro nos dice: «Él mismo, en su cuerpo, llevó al madero nuestros pecados, para que muramos al pecado y vivamos para la justicia. Por sus heridas ustedes han sido sanados» (1 Pe 2:24).

Para redimirnos «de la maldición de la ley» (Jesús se hizo) «maldición por nosotros» (Gá 3:13).

Incluso más difícil que soportar el dolor físico, la angustia mental y el abandono completo, fue el dolor de llevar la plena ira de Dios sobre Sí mismo. Al llevar Jesús la culpa de nuestros pecados, Dios descargó sobre él toda la ira y castigo de todos los pecados.

Cristo necesaria y voluntariamente llevó el pleno castigo de nuestro pecado en la cruz. Así, mediante su muerte, la justicia de Dios quedó cumplida. Cristo «acabó con el pecado mediante el sacrificio de sí mismo» (Heb 9:26).

El resultado de la expiación

Él venció la separación que nuestro pecado causó entre Dios y nosotros. Nos libró de la esclavitud causada por el pecado. Debido a la obra de Cristo a nuestro favor, Dios puede «librarnos del dominio de la oscuridad» y trasladarnos «al reino de su amado Hijo» (Col 1:13). ¡Qué gran salvación!

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Por qué fue necesario que Jesús viniera y viviera una vida perfecta en la tierra?
2. ¿Por qué fue necesario que Jesús muriera? ¿Podría él habernos salvado de alguna otra manera?
3. ¿Cómo puede su comprensión de la expiación hacerlo sentirse humilde? ¿Cómo le anima?

5.11 ¿Qué es la resurrección?

La obra de Jesús en la tierra no terminó con su vida y muerte. Si hubiera acabado, «nuestra predicación no serviría para nada, como tampoco la fe de ustedes», y su fe sería ilusoria (1 Co 15:14-19). Pero Jesús resucitó de los muertos y ascendió al cielo como Rey victorioso y conquistador.

Detalles de la resurrección

Todos los cuatro Evangelios contienen relatos de la resurrección de Jesús (Mt 28:1-20; Mr 16:1-8; Lc 24:1-53; Jn 20:1-21:25). En todo el libro de Hechos, los apóstoles continuamente hablan de la resurrección de Jesús, animando a la gente a confiar en él como el que está vivo y reina en el cielo.

La resurrección de Jesús no fue simplemente volver de los muertos como otros lo habían experimentado (tal como Lázaro en Juan 11:1-44). Más bien, cuando Jesús resucitó de los muertos, empezó una nueva clase de vida humana en la que tenía un cuerpo perfecto que ya no estaba sujeto a debilidad, envejecimiento, muerte o corrupción. Cuando resucitó de los muertos, tenía un cuerpo que viviría eternamente, porque Jesús se había revestido «de lo incorruptible, y de inmortalidad» (1 Co 15:53).

Resultados de la resurrección

En este sentido, a todos los que acudimos a él para salvación, «nacemos de nuevo mediante su resurrección... para que tengamos una esperanza viva» (1 P 1:3). Es decir, Cristo obtuvo para nosotros una nueva vida futura que es como la que Él tiene.

Debido a la resurrección podemos considerarnos «muertos al pecado» (Ro 6:11). Aunque no obtendremos perfección impecable en esta vida, Pablo con todo nos dice que «el pecado ya no tiene dominio sobre nosotros» (Ro 6:14); no nos gobiernan ni nos controla. Este poder de la resurrección también incluye el poder del Espíritu Santo que nos capacita para hacer la obra que Jesús nos comisionó (Hch 1:8).

Puesto que «Dios resucitó al SEÑOR, él nos resucitará también a nosotros» (1 Co 6:14). Y «aquel que resucitó al SEÑOR Jesús nos resucitará también a nosotros con él y nos llevará junto... a su presencia» (2 Co 4:14). Esta resurrección es la certeza que nosotros también la experimentaremos.

La ascensión de Jesús

Cuarenta días después de su resurrección (Hch 1:3) Jesús condujo a sus seguidores justo fuera de Jerusalén, y «allí alzó las manos y los bendijo. Sucedió que, mientras los bendecía, se alejó de ellos y fue llevado al cielo» (Lc 24:50-51).

Una vez allá, Jesús fue: «Exaltado por el poder de Dios» (Hch 2:33). Dios «lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre» (Fil 2:9).

Por lo tanto, a la diestra de Dios, «es necesario que Cristo reine hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies» (1 Co 15:25). La vida de Cristo provee un patrón para la nuestra. Así como su resurrección nos permite saber lo que a la larga nos sucederá, su ascensión también nos permite saber a dónde iremos.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Por qué fue importante que Jesús resucitara de los muertos? ¿Cómo sería su vida si Jesús no hubiera resucitado de los muertos?
2. ¿Qué resultados en su vida y en el mundo entero se han provocado por la resurrección de Jesús?
3. ¿Qué cosas de la resurrección de Jesús le hacen anhelar la suya?

5.12 ¿Qué es la elección?

A habido mucha controversia dentro y fuera de la iglesia cristiana respecto a la doctrina de la elección (llamada también a veces «predestinación»). Podemos definir la elección como sigue: es un acto de Dios antes de la creación en la cual escoge a algunos para que sean salvados, no debido a algún mérito alcanzado por ellos, sino solo debido a su soberana buena voluntad.

Las enseñanzas del Nuevo Testamento sobre la elección

Cuando Pablo y Bernabé empezaron a predicar a los gentiles en Antioquía de Pisidia, Lucas escribe: «Al oír esto, los gentiles se alegraron y celebraron la palabra del SEÑOR; y creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna» (Hch 13:48).

Efesios 1:4-6: «Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, para alabanza de su gloriosa gracia». Pablo más adelante añade que «nosotros, que ya hemos puesto nuestra esperanza en Cristo», debemos vivir «para alabanza de su gloria» (Ef 1:12).

Pablo dice que Dios es el que «nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo» (2 Ti 1:9).

¿Qué significa esto?

Es importante resaltar que estos autores neotestamentarios a menudo presentan la doctrina de la elección como un consuelo para los que creen en Jesús. La elección es, de este modo, una causa de consuelo y seguridad de que Dios obrará para nuestro bien hoy. Y esto sucederá no debido a nuestras obras, sino debido a «su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo» (2 Ti 1:9).

Cuando Dios escoge a las personas para que sean salvas, lo realiza por medios humanos. La elección era la garantía que tenía Pablo de que habría algún éxito en su evangelización, porque sabía que algunas de las personas a quienes les hablaría serían los elegidos y creerían en el evangelio y serían salvos.

Lo que esto no significa

Afirmar la doctrina de la elección no quiere decir que nuestras decisiones no importan o que nuestras acciones no tienen consecuencias. Es más, la Biblia continuamente nos ve como criaturas personales que toman decisiones voluntarias de aceptar o rechazar el evangelio. Por ejemplo, esto se ve claramente en la invitación al final de Apocalipsis: «El Espíritu y la novia dicen: “¡Ven!”; y el que escuche diga: “¡Ven!” El que

tenga sed, venga; y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida» (Ap 22:17). Estas y muchas otras invitaciones (p.e. Mt. 11:28) se dirigen a personas genuinas que son capaces de oír la invitación y responder a esta mediante una decisión voluntaria. Estas decisiones reales tienen consecuencias eternas, como se muestra en Juan 3:18: «El que cree en él no es condenado, pero el que no cree ya está condenado por no haber creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios».

Es más, la Biblia nunca habla de fe (presente o futura) como la razón por la que Dios escoge a alguien. En Efesios 1:4-6, Pablo dice: «En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, para alabanza de su gloriosa gracia».

¿Somos realmente libres?

No se nos obliga a tomar decisiones contrarias a nuestra propia voluntad. En última instancia hacemos lo que deseamos. Tomar decisiones es parte de lo que es ser un ser humano a imagen de Dios, porque imitamos la propia actividad de Dios de decidir hacer cosas que son consistentes con su carácter.

¿Qué pasa sobre aquellos que no creen, aquellos a quienes Dios no ha «elegido» o escogido? La Biblia nunca le echa la culpa a Dios del rechazo de alguien en cuanto a las afirmaciones de Cristo. El énfasis siempre está en las decisiones voluntarias de los que rehúsan creer, y la culpa para su incredulidad está en ellos. Pablo, en Romanos 1:20, dice que todos los que rechacen la revelación clara de Dios dada a la humanidad no tienen excusa.

¿Es Dios realmente justo?

Es importante entender lo que es realmente «justo» con respecto a la salvación. En verdad sería perfectamente justo que Dios no salve a ningún ser humano que ha pecado y se ha revelado en su contra, tal como lo hizo con los ángeles: «Dios no perdonó a los ángeles cuando pecaron, sino que los arrojó al abismo, metiéndolos en tenebrosas cavernas y reservándolos para el juicio» (2 P 2:4).

Pero el hecho es que ha decidido salvar «una multitud tomada de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas» (Ap 7:9). Esto es misericordia más allá de nuestra comprensión.

¿Quiere Dios que todos sean salvos?

En 1 Timoteo 2:4, Pablo escribe de Dios nuestro Salvador que «él quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad». Pedro afirma lo mismo cuando escribe que el SEÑOR «tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan» (2 P 3:9).

La verdad de que no todos serán salvos es una de las doctrinas bíblicas más difíciles de considerar. La Biblia indica que incluso Dios siente gran tristeza cuando piensa en los que no serán salvos. «Tan cierto como que yo vivo —afirma el SEÑOR omnipotente—, que no me alegro con la muerte del malvado, sino con que se convierta de su mala conducta y viva. ¡Conviértete, pueblo de Israel; conviértete de tu conducta perversa! ¿Por qué habrás de morir?» (Ez 33:11)

Además, Dios les da a todos los seres humanos innumerables bendiciones en esta vida que no son parte de la salvación. A esta doctrina a veces se le llama «gracia común» porque se refiere a una manifestación de la gracia de Dios que es común a todo ser humano y es diferente de la gracia salvadora.

Gracia común

Cuando alguno de nosotros peca consigue solo una cosa: separación eterna de Dios. Merecemos que se nos prive de experimentar todo bien de Dios e ir para siempre al infierno, recibiendo solo su ira eternamente. Como lo resalta Pablo: «la paga del pecado es muerte» (Ro 6:23). Pero el castigo por el pecado no se siente de inmediato. Más bien, toda la humanidad, independientemente de si en última instancia recibe la gracia o el castigo de Dios, continuará recibiendo muchas bendiciones mientras esté en la tierra.

El Creador del universo cuida que todo ser humano, los que creen o rechazan las afirmaciones de Jesús, reciban de la abundancia de su tierra. Esta gracia común se ve en muchos otros aspectos de la vida: el ámbito moral (los seres humanos no son tan malos como podrían ser), el ámbito creativo (podemos producir y apreciar muchas diferentes clases de cosas buenas y hermosas), el ámbito de la sociedad (muchas comunidades, instituciones y gobiernos protegen y proveen para sus miembros y constituyentes), e incluso en el ámbito religioso (Jesús les dice a sus seguidores en Mateo 5:44 que oren por los que los persiguen, mostrando que Dios responde a muchas oraciones que se elevan para beneficio de los no cristianos). Aunque la gracia común no salva a los seres humanos, el hecho que Dios retarde su juicio permite que muchos vengan a la salvación: «El SEÑOR no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan» (2 P 3:9).

Finalmente, como en todas las cosas, el hecho de que Dios otorgue gracia común a todo ser humano demuestra su gloria mediante la imitación que ellos hacen de su carácter en sus actividades.

Podemos apreciar y disfrutar la manifestación de la gracia de Dios por medio de toda persona, reconociendo que en última instancia Dios merece la alabanza y gloria por estas bendiciones.

Todo es gracia

La doctrina de la elección nos demuestra que Dios nos ama, no por lo que somos o lo que hayamos hecho o vayamos a hacer, sino simplemente porque decidió amarnos.

Nuestra respuesta apropiada a Dios es darle alabanza por toda la eternidad. Nuestra respuesta idónea a los demás es humildad, puesto que individualmente no podemos hacer ningún reclamo de ninguna porción de la gracia de Dios, todo es una dádiva de él.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Cómo se regocija usted al comprender la doctrina de la elección? ¿Qué parte de esta le causa cuestionamientos?
2. A la luz de la doctrina de la elección, ¿de qué maneras tienen significado sus decisiones?
3. ¿Puede usted mencionar algunas maneras específicas en las que ha visto recientemente a Dios bendiciendo su creación mediante gracia común? Dedique un momento para orar, agradeciendo a Dios por ejemplos específicos de gracia que ha dado a toda persona.

5.13 ¿Qué quiere decir convertirse en cristiano?

Llamamiento efectivo

Este llamado es un acto de Dios Padre, hablando mediante la proclamación humana del evangelio, en la cual nos invita de una manera que respondemos con fe que salva. Debido a que viene de Dios y siempre resulta en fe que salva, a veces se le menciona como llamamiento efectivo.

Cuando Dios llama a los seres humanos de esta manera poderosa, los llama «de las tinieblas a su luz admirable» (1 P 2:9); para «tener comunión con su Hijo Jesucristo» (1Co 1:9; cf.. Hch 2:39) y «los llama a su reino y a su gloria» (1 Ts 2:12; cf.. 1 P 5:10; 2 P 1:3). Los que han sido llamados por Dios le pertenecen a Jesucristo (cf. Ro 1:6). Son llamados a «ser santos» (Ro 1:7; 1 Co 1:2) y han venido al ámbito de la paz (cf. 1 Co 7:15; Col 3:15), libertad (cf. Gá 5:13), esperanza (cf. Ef 1:18; 4:4), santidad (cf. 1 Ts 4:7), paciencia perseverante en el sufrimiento (cf. 1 P 2:20-21; 3:9), y vida eterna (cf. 1 Ti 6:12).

Elementos del llamado del evangelio

Hay tres elementos clave que deben ser parte de todo llamado del evangelio: una explicación de los hechos respecto a la salvación, una invitación a responder a Cristo personalmente en arrepentimiento y fe, y una promesa de perdón y vida eterna. Los hechos respecto a la salvación son básicamente estos:

1. Todos hemos pecado (Ro 3:23).
2. La pena de nuestro pecado es muerte (Ro 6:23).
3. Jesucristo murió para pagar la pena por nuestros pecados (Ro 5:8).

A los que responden con fe al llamado del evangelio, Dios les promete que sus pecados serán perdonados y que recibirán vida en él. «Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn 3:16). Como Jesús dijo en Juan 6:37: «al que a mí viene, no lo rechazo».

Cómo se recibe el llamado

Después de que se extiende la invitación a responder al evangelio, Dios debe producir un cambio en el corazón del individuo antes que este pueda responder con fe.

Este cambio de corazón se describe en Ezequiel 36:26: «Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne».

Este suceso instantáneo lo cambia todo. Una vez que sucede esto en los que lo reciben son, en las palabras de 2 Corintios 5:17, «nueva creación».

Un individuo regenerado debe esperar un nuevo amor hacia Dios y su pueblo (Mt 22:37-40), una obediencia de corazón a sus mandamientos (Jn 14:15), y unos rasgos de carácter semejantes al de Cristo, características que Pablo llama el fruto del Espíritu (Gá 5:22-23).

Cómo se responde al llamado

La respuesta voluntaria, personal e individual al llamado del evangelio, en el cual la persona sinceramente se arrepiente de sus pecados y pone su confianza en Cristo para la salvación, se llama conversión.

El que tiene verdadera fe que salva ha pasado de investigar las afirmaciones de Jesús a creerle que esas afirmaciones son verdad, y de creer en él que esas afirmaciones son ciertas para el perdón de pecados y vida eterna.

Esta confianza incluye dos aspectos: arrepentimiento y fe. Pablo predicó un evangelio «del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro SEÑOR Jesucristo» (Hch 20:21, RVR).

Arrepentimiento quiere decir una decisión consciente de alejarse de los pecados, y fe quiere decir acudir a Cristo para que perdone esos pecados. Esta clase de fe es admitir que uno no puede salvarse por sí mismo y al mismo tiempo creer que Cristo sí puede hacerlo.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Cómo puede alguien llegar a ser cristiano?
2. ¿Puede usted explicar lo que quiere decir verdaderamente creer en Jesús? ¿Qué quiere decir arrepentirse de los pecados?
3. ¿Cómo pueden los cristianos dar evidencia de su creencia en Jesús?

5.14 ¿Qué es la justificación y qué es la adopción?

Justificación es una declaración legal de parte de Dios

Justificación es un acto legal e instantáneo de Dios en el que él: (1) considera nuestros pecados como perdonados y considera la justicia de Cristo como perteneciéndonos a nosotros y, por consiguiente, (2) nos declara «justos» o moralmente honrados a su vista.

Pablo dice claramente que esta justicia viene después que respondemos al llamado del evangelio con fe y que la justificación es la respuesta de Dios a esa fe. En Romanos 3:26, Pablo escribe que Dios es «el que justifica a los que tienen fe en Jesús» y en 5:1 que somos «justificados por fe». También escribe: «que nadie es justificado por las obras que demanda la ley sino por la fe en Jesucristo» (Gá 2:16).

Una declaración de que somos justos ante Dios

Si Dios lo ha declarado justo a su vista, usted no tiene que pagar la pena por sus pecados pasados, presentes o futuros. Como Pablo escribe en Romanos 8:1: «Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús».

Aquellos a quienes Dios ha justificado tienen pleno perdón de sus pecados. Los pecados de los justificados se consideran perdonados porque Dios considera que estos pecados le pertenecen a Cristo, y Cristo ya ha pagado la pena por esos pecados.

Cristo tomó el lugar de la culpa que todos merecíamos para que pudiéramos tomar el lugar de aceptación que todos anhelamos.

Justificación sólo por fe

La justificación viene como resultado de la gracia de Dios (lo que quiere decir que no la merecemos), y viene como respuesta de Dios a nuestra fe (que es lo opuesto de depender de nosotros mismos o de nuestras buenas obras).

No es nuestra fe lo que nos hace ganar el favor ante Dios. La Biblia es clara: la justificación se basa solamente en los méritos de la obra de Cristo (Ro 3:24); y nunca se basa en algún mérito de nuestra fe. Estas son realmente noticias maravillosas porque quiere decir que no tenemos que producir valor o hacer pagos por cuenta propia por nuestros pecados.

La doctrina protestante de la justificación dice que somos plenamente justificados por Dios al instante en que creemos, porque: «Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús» (Ro 8:1). La doctrina católica romana dice que no somos plenamente justificados sino hasta que nuestras vidas queden completamente limpias del pecado, lo que no ocurrirá sino después de que muramos y hayamos sido purificados en el purgatorio. (Los protestantes afirman que no hay purgatorio).

Adopción: membresía en una nueva familia

Él nos hace miembros de su familia. Esta acción de Dios se llama adopción. Como hijos de Dios tenemos el privilegio de una relación íntima con Dios, a quien podemos llamar nuestro Padre (Ro 8:15).

Nosotros, que somos adoptados por Dios, experimentamos ahora algunas de las bendiciones y beneficios de ser sus hijos, pero no experimentaremos estas bendiciones por completo sino hasta que Cristo vuelva. Por un lado «ahora somos hijos de Dios» (1 Jn 3:2), pero por otro, «gemimos interiormente», esperando el día en que en las bendiciones completas de nuestra adopción nos lleguen (Ro 8:23).

Sin embargo, aunque las vidas de los hijos de Dios se caractericen por mucha bendición, también se caracterizan por el sufrimiento (Ro 8:17). Estos últimos, promete Pablo, «en nada se comparan... con la gloria que habrá de revelarse en nosotros» al retornar de Cristo (Ro 8:18). Ese será el día cuando Dios mismo «enjuagará toda lágrima de los ojos» y cuando muerte, lamento, llanto y dolor «dejen de existir» (Ap 21:4).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Qué quiere decir ser justificado?
2. ¿Cómo son justificados los cristianos? ¿Cree usted realmente que ha sido justificado de una vez por todas?
3. Si usted es cristiano, ¿cómo le hace sentir el Hecho de ser parte de la familia de Dios? ¿Por qué le hace sentirse de esa manera? ¿Puede mencionar algunas bendiciones específicas que vienen de la adopción?

5.15 ¿Qué es la santificación y qué es la perseverancia?

El arrepentimiento y la fe resultan en la justificación; pero el arrepentimiento y la fe también ayudan a lo que se llama la santificación. Esta es una obra progresiva de Dios en el cristiano para hacerlo cada vez más libre de pecado y más semejante a Cristo en su vida. Aunque los cristianos pueden esperar progresar en la santificación, nunca lograrán la perfección sino hasta cuando Cristo regrese.

La santificación es un proceso

La santificación empieza en el momento de la regeneración (la dádiva de Dios de una nueva vida espiritual) y aumenta durante toda la vida. En la regeneración, dice Pablo, los cristianos son «liberados del pecado» (Ro 6:18); así debemos considerarnos: «muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús... Así el pecado no tendrá dominio sobre ustedes» (Ro 6:11,14).

Pero, puesto que la santificación es un proceso, nunca estaremos completamente libres del pecado en esta etapa de la vida. Como 1 Juan 1:8 dice: «Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad».

Una vez que los cristianos mueren y van a estar con Dios, su santificación queda completa porque sus almas, ahora perfeccionadas, están libres del pecado que moraba en ellas. Aunque nunca estaremos completamente libres del pecado en esta etapa de la vida, con todo debemos procurar un aumento regular en esta santificación.

Los cristianos nunca deben rendirse en su lucha. Nunca deben decir que un pecado los ha derrotado. Nunca deben decir que no pueden cambiar. Más bien, en medio de la lucha, deben aferrarse a las promesas de Dios, como la que se halla en Romanos 6:14: «el pecado no tendrá dominio sobre ustedes».

El papel de Dios en la santificación

La santificación es primordialmente obra de Dios. Pablo lo afirma: «Que Dios mismo, el Dios de paz, los santifique por completo» (1 Ts 5:23). Dios equipa a sus hijos con el poder del Espíritu Santo. Él es el que obra dentro de nosotros para cambiarnos y santificarnos, dándonos mayor santidad en la vida. Por eso Pedro habla de «la obra santificadora del Espíritu» en 1 Pedro 1:2. Y Pablo también la menciona; «la obra santificadora del Espíritu» (2 Ts 2:13).

Nuestro papel en la santificación

Nosotros participamos pasiva y activamente en la santificación. Mediante el arrepentimiento y la fe se nos dice que nos presentemos «a Dios como quienes han vuelto de la muerte a la vida» (Ro 6:13). Esta es nuestra participación pasiva. Pero también se nos dice en Romanos 8:13 que demos «muerte a los malos hábitos del cuerpo»; (es decir, el pecado), lo que implica un papel activo de parte nuestra.

El mismo papel activo y pasivo se halla en Filipenses 2:12-13: «lleven a cabo su salvación con temor y temblor, pues Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad». Los que creen en Jesús pueden, con toda confianza, buscar «la santidad, sin la cual nadie verá al SEÑOR» (Heb 12:14).

El progreso en la santificación es una dádiva de la gracia que podemos esperar recibir. Así como Dios hace honor a nuestra fe inicial (fe que él nos da), él también hace honor a nuestros actos continuos de fe y obediencia, vistos en la lectura de la Biblia y la meditación (Sal 1:2; Mt 4:4; Jn 17:17); oración (Ef 6:18; Fil 4:6); adoración (Ef 5:18-20); testimonio (Mt 28:19-20); acciones de misericordia y justicia (Mt 23:23; Stg 1:27); comunión cristiana (Heb 10:24-25); y disciplina y dominio propio (Gá 5:22; Tit 1:8).

Es importante que continuemos creciendo tanto en nuestra confianza pasiva en Dios para sacrificarnos, como en nuestro esfuerzo activo buscando santidad y obediencia en nuestras vidas. Si dejamos de esforzarnos activamente por obedecer a Dios, nos convertimos en cristianos holgazanes. Si descuidamos el papel pasivo de confiar en Dios y de rendirnos a él, nos volvemos arrogantes y demasiado confiados en nosotros mismos. En cualquier caso, nuestra santificación será deficiente. Si se vuelve así, no disfrutaremos del gozo y la paz que se nos promete (Gá 5:22; Ro 14:17).

¿Qué tal si el proceso de la santificación termina?

Todos los que son verdaderamente cristianos serán guardados por el poder de Dios y perseverarán así hasta el fin de sus vidas.

A esta enseñanza de corresponsabilidad (todos los verdaderos cristianos perseverarán, y solo los que perseveran son verdaderos cristianos) se le llama la perseverancia de los santos.

La promesa de Jesús

En Juan 6:38-40, Jesús dice: «Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la del que me envió. Y ésta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite en el día final. Porque la voluntad de mi Padre es que todo el que reconozca al Hijo y crea en él, tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final».

Aquí Jesús dice que todo el que cree en él tendrá vida eterna. Dice que le resucitará en el día final, dándole vida eterna junto a él. Es más, Jesús dice que es la voluntad de Dios que él no pierda nada de todo lo que Dios le ha dado. Jesús hace una promesa similar en Juan 10:27-29: «Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán, ni nadie podrá arrebátarmelas de la mano. Mi Padre, que me las ha dado, es más grande que todos; y de la mano del Padre nadie las puede arrebatar».

En Juan 10:28, específicamente Jesús dice dos cosas en cuanto a sus seguidores. 1): que «nunca perecerán»; y 2) que «nadie podrá arrebátarmelas de la mano». Estas frases, tomadas al tiempo, martillan la maravillosa promesa de que aquellos a quienes Jesús da vida eterna nunca la perderán.

Partiendo entonces de estos dos pasajes parece claro que Jesús entendía que los que recibieron de él vida eterna la conservarán.

La promesa del Espíritu Santo

Más evidencia de que Dios guarda a los cristianos seguros por toda la eternidad es el sello que pone sobre nosotros. Este sello es el Espíritu Santo en nosotros. Pablo, en Efesios 1:13-14 escribe que cuando creímos primero en Jesús, fuimos «marcados con el sello que es el Espíritu Santo prometido. Éste garantiza nuestra herencia hasta que llegue la redención final del pueblo adquirido por Dios, para alabanza de su gloria».

El sello o garantía de esa promesa es la misma presencia de Dios: el Espíritu Santo presente en todo cristiano.

La promesa en la perseverancia

Mientras que todos los que son verdaderamente cristianos perseverarán hasta el fin, solo los que perseveran hasta el fin son verdaderamente cristianos. Jesús dice: «Si se mantienen fieles a mis enseñanzas, serán realmente mis discípulos» (Jn 8:31). Es decir, una evidencia de la fe genuina es continuar creyendo y obedeciendo lo que Jesús dijo y ordenó.

La promesa en la perseverancia es que los que continúan en la fe hasta el fin de su vida son verdaderos cristianos. Como ya dijimos antes, esto no quiere decir que estas personas vivirán vidas perfectas. Los verdaderos cristianos pueden librar hondas luchas con el pecado en diferentes momentos de su vida. Pero lo que sí quiere decir es que esas luchas son de verdad. Los cristianos genuinos luchan contra el pecado mediante el arrepentimiento y la fe.

Seguridad de la perseverancia

Nuestra confianza actual en Cristo para salvación es una seguridad de verdadera conversión. Esta es la enseñanza del versículo más famoso de la Biblia: «Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn 3:16). Si usted cree en él, tiene vida eterna. Si usted tiene confianza en la obra de Cristo a su favor, confianza en la capacidad de Cristo para llevar la pena de sus pecados y confianza de que Cristo le permitirá llegar al cielo basado solo en su obra no en la de usted, y si esa confianza está presente hoy en su vida, entonces esa confianza es una seguridad de su fe verdadera.

Además, debe haber evidencia de una relación continua y presente con Jesucristo. Porque, «El que afirma: “Lo conozco”, pero no obedece sus mandamientos, es un mentiroso y no tiene la verdad. En cambio, el amor de Dios se manifiesta plenamente en la vida del que obedece su palabra. De este modo sabemos que estamos unidos a él: el que afirma que permanece en él, debe vivir como él vivió» (1 Jn 2:4-6). Una vida perfecta no es necesaria, pero la vida del verdadero cristiano continuará mostrando un patrón general de obediencia a los mandamientos de Cristo y una imitación de su vida.

Cómo perseverar en el proceso.

La santificación es un proceso de toda la vida. Si usted es un cristiano en Jesús, a veces parecerá como si el proceso avanzara más rápido de lo que usted jamás pensó fuera posible. Es en estas ocasiones que necesitará estar en guardia contra el orgullo y la justicia propia (pensando de usted mismo más de lo que es y otorgándose el crédito de su bondad que realmente es una dádiva de la gracia).

Cuando las dudas empiecen a llenar sus pensamientos, eleve la oración que se halla en Marcos 9:24: « ¡Sí creo! ... ¡Ayúdame en mi poca fe!».

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿De qué manera la santificación es diferente a la justificación?
2. ¿Cuál es su papel en la santificación? ¿Cuál es el papel de Dios? ¿Cuáles son algunas maneras específicas en las que usted pudiera contribuir más a su santificación en la semana entrante?
3. Mencione algunos pasajes bíblicos que respaldan la doctrina de la perseverancia. Al reflexionar en estos pasajes, ¿cómo lo hacen sentirse? ¿Por qué le hacen sentirse de esa manera?

5.16 ¿Qué es la muerte?

En la muerte el alma del cristiano de inmediato es hecha perfecta y entra en la presencia de Dios. Pero no es sino cuando Cristo vuelva que los cristianos experimentarán la perfección completa tanto del cuerpo como del alma, porque es en ese momento que sus cuerpos serán resucitados y hechos perfectos por igual.

¿Por qué mueren los cristianos?

Dios, en su sabiduría, decidió que es mejor que los cristianos no experimenten todos los beneficios de la salvación de una vez. Por ejemplo, los cristianos todavía pecan, se enferman, sufren por desastres naturales, y son víctimas de actos de maldad e injusticia. También los cristianos mueren. Todos estos son los resultados de vivir en un mundo que no está completamente bien, un mundo que no está completamente libre de la maldición del pecado.

«Es necesario que Cristo reine hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte» (1 Co 15:25-26).

Dios usa la experiencia de la muerte para completar nuestra santificación.

Pablo nos dice en Romanos 8:28: «sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman». El dolor y la adversidad a menudo son los resultados de la disciplina de Dios sobre sus hijos, «porque el SEÑOR disciplina a los que ama...» pero Dios lo hace para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad.

No toda la disciplina sirve para corregirnos cuando hacemos algún mal. A menudo la disciplina de Dios en nuestras vidas es una manera de fortalecernos; es un medio de santificación.

Aunque Dios usa una adversidad como la muerte como un medio positivo en nuestra vida, es importante recordar que la muerte no es meramente «natural», como a menudo piensan de ella los que no tienen la Palabra de Dios. Tampoco es natural la enfermedad, el mal o la injusticia. Estas cosas no son buenas, y en el mundo de Dios no deberían existir. Aunque vivimos con estas cosas ahora, un día todas, incluso la muerte, serán finalmente destruidas (1 Co 15:24-26).

Cuando los cristianos mueren

Jesús murió para «librar a todos los que por temor a la muerte estaban sometidos a esclavitud durante toda la vida» (Heb 2:15). Más bien, usted debe ver la propia muerte con gozo, sabiendo que después de ésta estará con Cristo.

Filipenses 1:23: «deseo partir y estar con Cristo, que es muchísimo mejor».

Cuando los cristianos mueren sus almas de inmediato van a la presencia de Dios. Aunque sus cuerpos permanecen en la tierra, sus almas van a la presencia de su Creador. Debido a que las almas de los cristianos están eternamente felices en la presencia de Dios, no hay necesidad de orar por los que ya han muerto.

Aunque sabemos que las almas de los cristianos están eternamente felices en la presencia de Dios, con todo no está mal enlutarnos y entristecernos por la muerte de un amigo o pariente cristiano.

Pero la tristeza que se siente por la muerte de un cristiano no es una tristeza sin esperanza, ya que sabemos que ha ido con el SEÑOR. Pablo escribe en 1 Tesalonicenses 4:13 que nosotros no nos entristecemos «como esos otros que no tienen esperanza».

Cuando mueren los no cristianos

Cuando mueren los que han rechazado las afirmaciones de Cristo, sus almas van de inmediato al castigo eterno, pero sus cuerpos siguen en la tierra hasta que Cristo regrese, cuando se unirán con sus almas para

el día del juicio final (Mt 25:31-46; Jn 5:28-29; Hch 24:15; y Ap 20:12). La Biblia nunca nos anima a pensar que los seres humanos tendrán una segunda oportunidad de confiar en Cristo después de la muerte.

La tristeza que se siente cuando muere alguien que pensamos que ha rechazado a Cristo no es una tristeza mezclada con esperanza.

Después que una persona que no es cristiano ha muerto, sería un error darles a otros alguna esperanza que la persona ha ido al cielo, puesto que esto reduciría para los que todavía están vivos el sentido de urgencia de que deben confiar en Cristo.

¿Cuándo resucitan de los muertos los cristianos?

Para los cristianos que han muerto, el día cuando Cristo vuelva será el paso final en la aplicación de la redención. En ese día sus cuerpos nuevos y perfectos serán reunidos con sus almas. Cristo fue el primero que resucitó con ese cuerpo de resurrección, pero Pablo dice que «cuando él venga» los cristianos también serán resucitados de esa manera (1 Co 15:23). Para los cristianos que todavía estén vivos cuando Cristo vuelva, sus cuerpos imperfectos serán en un instante transformados en cuerpos perfectos. Pablo dice: «No todos moriremos, pero todos seremos transformados, en un abrir y cerrar de ojos, al toque final de la trompeta. Pues sonará la trompeta y los muertos resucitarán con un cuerpo incorruptible, y nosotros seremos transformados» (1 Co 15:51-52). Por consiguiente, todos los creyentes en Jesús recibirán cuerpos renovados de resurrección tal como el Salvador lo recibió (1 Co 15:20,23,41; Fil 3:21). A este proceso se le llama «glorificación» puesto que nuestros cuerpos recibirán una nueva gloria de tipo celestial.

Los nuevos cuerpos serán los que Dios originalmente diseñó para que fueran: mucho más hermosos y atractivos que cualquier cosa que pudiéramos imaginarnos en esta edad. Los que son resucitados con Cristo vivirán para siempre en cuerpos que tendrán todas las cualidades excelentes que Dios propuso al crearnos.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Por qué mueren los cristianos? ¿Cómo afecta esto a la manera en que usted piensa en cuanto a su propia muerte algún día?
2. ¿Qué le sucede a los cuerpos y a las almas de los cristianos cuando mueren? ¿Cómo le hace sentir eso? ¿Por qué le hace sentirse así?
3. ¿Qué le sucederá a los cuerpos de los cristianos cuando Jesús vuelva a la tierra? ¿Qué aspectos específicos de su cuerpo resucitado espera usted en especial?

5.17 ¿Qué es la iglesia?

La iglesia es la comunidad de todos los cristianos de todo el tiempo. Es decir, la iglesia está formada por todos los hombres y mujeres que han sido, son y serán cristianos verdaderos en Jesús. Cuando Pablo escribió en Efesios 5:25 que «Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella», se refería a todas las personas por las que Cristo murió para redimirlas.

Todos los verdaderos cristianos, independientemente del período de tiempo en que hayan vivido, forman la verdadera iglesia.

Así como toda la nación de Israel en el Antiguo Testamento debía reunirse para adorar a Dios, también los cristianos de hoy son llamados para hacer lo mismo.

La iglesia invisible todavía visible

Solo Dios puede ver la condición del corazón de las personas. Como Pablo dice: «El SEÑOR conoce a los suyos» (2 Ti 2:19). Por consiguiente, la iglesia invisible es la iglesia tal como Dios la ve. En tanto que la iglesia invisible es la iglesia tal como Dios la ve, la iglesia visible es la iglesia como la ven los cristianos en la tierra.

Otras descripciones de la iglesia

En el Nuevo Testamento se usa la palabra «iglesia» para describir diferentes tipos de grupos de cristianos: una pequeña casa en un hogar (Ro 16:5; 1 Co 16:19); la iglesia de toda una ciudad (1 Co 1:2; 2 Co 1:1; 1 Ts 1:1); la iglesia de toda una región (Hch 9:31); y la iglesia por todo el mundo (Ef 5:25; 1 Co 12:28). Por consiguiente, a una comunidad del pueblo de Dios en cualquier nivel con corrección se le llama una iglesia.

Un grupo de estas sugiere que la iglesia es una familia y que sus miembros se relacionan entre sí como miembros de una familia muy amplia. La relación entre Cristo y la iglesia también se ve en términos de familia; Cristo como el novio y la iglesia como la novia (Ef 5:32; 2 Co 11:2).

Otra imagen común de la iglesia es que es un cuerpo. En 1 Corintios 12, Pablo se refiere a sus miembros como partes del cuerpo. En Efesios 1:22-23; 4:15-16 y Colosenses 2:19, se hace referencia a la iglesia como un cuerpo con Cristo como su cabeza, que sostiene a todo el cuerpo unido y equipando a toda parte para que funcione como debe.

Hay muchas otras metáforas que se usan para la iglesia, tales como un nuevo templo (1 P 2:4-8); sacerdocio real (1 P 2:5); ramas de una vid (Jn 15:5); olivo (Ro 11:17-24); y un campo o sembrado (1 Co 3:6-9). Debemos considerar cada metáfora como una perspectiva diferente, algo que nos dice un poco más en cuanto a la comunidad de la cual Dios nos ha permitido ser parte.

¿Qué hace que una iglesia sea una iglesia?

Tradicionalmente, muchos escritores cristianos han concordado en que hay dos actividades principales o «marcas» que toda iglesia debe exhibir a fin de que la consideren verdaderamente una iglesia. La primera es predicación correcta de la Biblia.

Si los sermones de una iglesia continuamente contienen falsa doctrina o esconden el verdadero mensaje del evangelio de salvación solo por fe, entonces la iglesia en que esos sermones se predicán no es una verdadera iglesia.

La segunda marca de una verdadera iglesia es la administración correcta de los «sacramentos» u «ordenanzas», que son el bautismo y la Cena del SEÑOR. Una vez que una organización empieza a practicar el bautismo y la Cena del SEÑOR de una manera bíblica, entonces está funcionando como una iglesia.

El bautismo es un medio para admitirlos y hacerlos partícipes en la Cena del SEÑOR, y es una manera en que sus miembros continúan mostrando su posición correcta dentro del cuerpo de la iglesia.

Una iglesia puede ser más o menos pura, y más o menos unificada. La pureza de la iglesia está determinada por su grado de libertad de doctrina, conductas erradas, y su grado de conformidad a la voluntad revelada de Dios para la iglesia.

Como miembros de la iglesia, debemos procurar su pureza en todo aspecto lo mejor que podamos. Además, debemos también buscar la unidad; es decir, libertad en medio de los diferentes puntos de vista entre los verdaderos cristianos.

¿Qué se supone que la iglesia debe hacer?

Se supone que la iglesia debe ministrar a Dios, a sus miembros y al mundo. El ministerio a Dios se hace al adorarlo. En Colosenses 3:16, Pablo anima la iglesia a que «canten salmos, himnos y canciones espirituales a Dios, con gratitud de corazón». La adoración en la iglesia no es meramente preparación para otra cosa; es en sí misma un cumplimiento de un propósito principal cuyos miembros fueron creados para vivir para la alabanza de la gloria de Dios (Ef 1:12).

El ministerio de la iglesia a sus miembros se hace al nutrirlos y edificarlos para que pueda «presentarlos a todos perfectos en él» (Col 1:28).

El ministerio de la iglesia en el mundo se hace mediante la predicación del evangelio a toda persona en obra y en palabra. En Mateo 28:19, Jesús ordena a los cristianos: «hagan discípulos de todas las naciones».

Toda iglesia debe participar en varias clases de ministerios de obra y de palabra, incluyendo no solo evangelización sino también ministerio a los pobres y oprimidos (Gá 2:10; Stg 1:27).

Toda iglesia debe intentar cumplir los propósitos que Dios creó para ella: adoración, nutrición, evangelización y misericordia. Ningún propósito es más importante que los otros, y ninguna iglesia debe procurar cumplir un propósito primario y descuidar los otros.

Toda iglesia de corazón debe procurar adorar a Dios, edificar a sus miembros a la madurez, y predicar las buenas noticias del evangelio al mundo en obra y en palabra.

El poder de la iglesia para cumplir su misión

El Espíritu Santo fortaleció a los seguidores de Jesús con los dones espirituales requeridos para hacer el ministerio de la iglesia. También nos fortalece para usar estos dones para el avance del ministerio de la iglesia contemporánea.

Los dones espirituales incluyen tanto los relativos a la capacidad natural (enseñanza, mostrar misericordia, administración) como los que parecen ser más milagrosos (profecía, sanidad, discernimiento de espíritus). Cuando Jesús vuelva, los dones espirituales dejarán de existir, porque ya no habrá quien los necesite (1 Co 13:8).

Todos los dones espirituales, dice Pablo, «lo hace un mismo y único Espíritu, quien reparte a cada uno según él lo determina» (1 Co 12:11). Estos dones son dados «para el bien de los demás» (1 Co 12:7) y se los debe usar para edificar a la iglesia (cf. 1 Co 14:26).

Conforme la iglesia, mediante el poder del Espíritu Santo, hace una realidad presente una promesa futura (ej, mediante la conversión de un no cristiano o la sanidad de la enfermedad), está dando a todos los que quieren verlo un bocado de prueba de lo que vendrá y cumpliendo la misión que Cristo le ordenó y la fortaleció para cumplir.

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿De qué forma una iglesia es diferente a un estudio bíblico o retiro cristiano?
2. ¿Por qué los cristianos deben hacerse miembros de una iglesia? ¿Cuáles son los peligros de no ser miembro de una iglesia local?
3. ¿Puede usted mencionar algunas cosas que se supone que la iglesia debe hacer? ¿Puede mencionar algunos ejemplos específicos de la obra del Espíritu Santo fortaleciendo y bendiciendo algunas de estas cosas en su propia iglesia?

5.18 ¿Qué sucederá cuando Cristo vuelva?

Han habido muchos debates en la historia de la iglesia sobre asuntos respecto al futuro. Específicamente, las discusiones se han centrado en el retorno de Cristo, el milenio o «mil años», el juicio final, el castigo eterno de los no cristianos y la recompensa eterna de los cristianos, y la vida con Dios en el nuevo cielo y nueva tierra. A los estudios de estos sucesos se les llama los de «las últimas cosas», o «escatología» (del griego *escatos*, que quiere decir «último»).

El retorno de Cristo

Jesús les dijo a sus discípulos que volvería a la tierra una segunda vez: «vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté» (Jn 14:3). En tanto que es claro por este y otros pasajes (Hch 1:11; 1 Ts 4:16; Heb 9:28; 2 P 3:10; 1 Jn 3:2) que Jesús mismo volverá, estos también dicen claramente que «nadie sabe» (Mr 13:32) el tiempo exacto de ese retorno, porque «el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo esperen» (Mt 24:44).

Aunque nadie puede saber el tiempo del retorno de Cristo, todos los cristianos deben responder como Juan lo hizo en Apocalipsis 22:20, cuando oyó a Cristo decir: «Sí, vengo pronto». La respuesta del apóstol fue: «Amén. ¡Ven, SEÑOR Jesús!».

El tiempo del retorno

«Pero primero tendrá que predicarse el evangelio a todas las naciones» (Mr 13:10; Mt 24:14). «Serán días de tribulación como no la ha habido desde el principio, cuando Dios creó el mundo, ni la habrá jamás. Si el SEÑOR no hubiera acertado esos días, nadie sobreviviría. Pero por causa de los que él ha elegido, los ha acertado» (Mr 13:19-20).

«Surgirán falsos Cristos y falsos profetas que harán señales y milagros para engañar, de ser posible, aun a los elegidos» (Mr 13:22; cf. Mt 24:23-24).

«Después de esa tribulación, “se oscurecerá el sol y no brillará más la luna; las estrellas caerán del cielo y los cuerpos celestes serán sacudidos”» (Mr 13:24-25; Mt 24:29 y Lc 21:25-27).

«Ahora bien, hermanos, en cuanto a la venida de nuestro SEÑOR Jesucristo... primero tiene que llegar la rebelión contra Dios y manifestarse el hombre de maldad, el destructor por naturaleza. Éste se opone y se levanta contra todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de adoración, hasta el punto de adueñarse del templo de Dios y pretender ser Dios» (2 Ts 2:1, 3-4).

«Quiero que entiendan este misterio... todo Israel será salvo» (Ro 11:25-26). Jesús no dijo que estas señales fueran dadas para que las personas pensaran que puesto que no han visto estas señales, Cristo no puede volver. Más bien, fueron dadas para intensificar una expectación del retorno de Cristo: «Cuando comiencen a suceder estas cosas, cobren ánimo y levanten la cabeza, porque se acerca su redención» (Lc 21:28).

Algunos piensan que estas señales no han sucedido y por consiguiente Cristo no volverá en cualquier momento. Pero Jesús animó a sus discípulos: «¡Estén alerta! ¡Vigilen! Porque ustedes no saben cuándo llegará ese momento» (Mr 13:33). Una noción que les dice a los cristianos que Cristo no puede volver pronto parece anular la fuerza del estímulo que él dio.

Otros piensan que Cristo en verdad puede venir en cualquier momento, y resuelven el cumplimiento de las señales de tres maneras distintas. (1) Algunos aducen que habrá dos venidas separadas de Cristo: un retorno secreto y un retorno público. Pero los pasajes que hablan de su retorno no parecen respaldar dos regresos separados (véase la explicación más abajo). (2) Otros dicen que las señales ya se cumplieron en la historia inicial de la iglesia y por consiguiente Cristo podría volver en cualquier momento. Pero algunas de

las señales (por ejemplo, la gran tribulación, la salvación de Israel, la aparición del «hombre malvado», y las estrellas cayendo de los cielos) parecen no haberse cumplido de alguna manera clara o evidente en el tiempo de la iglesia inicial. (3) Otros más aducen que es improbable pero posible que las señales se hayan cumplido y que por consiguiente Cristo podría volver en cualquier momento.

A la luz de la ambigüedad relativa del cumplimiento de estas señales, parece que esta última opinión es la más razonable. Esta noción nos permite esperar que las señales que preceden al retorno de Cristo probablemente sucedan todavía en el futuro, pero puesto que en algún sentido no estamos seguros respecto a eso, todavía podemos estar listos para que Cristo vuelva repentinamente cualquier día. (En cuanto a esta noción, estar listos para el retorno de Cristo es de alguna manera similar a abrocharse el cinturón de seguridad en un vehículo: uno no piensa que va a sufrir un accidente, pero con todo se abrocha el cinturón porque a lo mejor uno se equivoca).

Los sucesos en el regreso

Muchos de los desacuerdos dentro de la iglesia respecto al retorno de Jesús tienen que ver con la interpretación de un pasaje bíblico: Apocalipsis 20:1-6. Específicamente, la discrepancia tiene que ver con los mil años que Juan menciona en 20:4-5 cuando escribe que algunos «Volviéron a vivir y reinaron con Cristo mil años ... los demás muertos no volviéron a vivir hasta que se cumplieron los mil años». Muchos cristianos llaman a esta etapa de mil años «el milenio», y por lo general sostienen una de tres nociones en cuanto al tiempo y naturaleza de este período.

Punto de vista 1. Amilenial: el milenio tiene lugar ahora, y cuando termine, Jesús volverá.

Los que sostienen esta noción piensan que muchas o todas de las señales mencionadas previamente ocurrieron temprano en la historia de la iglesia y que Cristo puede realmente volver en cualquier momento.

A esta noción a menudo se le llama la amilenial, porque los que la sostienen no piensan que Apocalipsis 20:4-5 enseñe un reinado futuro de mil años bien sea antes o después del retorno de Cristo. Más bien piensan que, cuando Cristo vuelva, habrá una resurrección tanto de cristianos como de no cristianos. Los que creen en Jesús irán al cielo; los que no, enfrentarán el juicio final y condenación eterna.

Un argumento a favor de este punto de vista es que todo es muy sencillo y sin complicaciones: Cristo vuelve, hay un juicio, y vivimos en los nuevos cielos y nueva tierra para siempre.

Punto de vista 2. Postmilenial: el milenio vendrá gradualmente, y Jesús volverá después del milenio Otros cristianos piensan que Jesús volverá después de los mil años mencionados en Apocalipsis 20:4-5.

Cristo no reinará físicamente en la tierra durante este período; más bien, los cristianos ejercerán una tremenda influencia en la sociedad, y el reinado de Cristo tendrá lugar mediante esta impactante intervención de los cristianos.

Los postmilenialistas también recalcan la declaración de Jesús: «Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra» (Mt 28:18), y esperan que, como resultado, el reino de Dios continuará progresando con gran poder en toda la tierra hasta que haya un reino milenial.

Según esta noción, Jesús volverá al fin de esta edad milenial. Entonces habrá una resurrección tanto de cristianos como de no cristianos. Los que creen en él irán al cielo; los que no, enfrentarán el juicio final y la condenación eterna.

A esta noción se le llama postmilenial porque el retorno de Cristo y su reinado ocurren después de un futuro milenio.

Punto de vista 3. Premilenial: el milenio vendrá repentinamente, y Jesús volverá antes del milenio

Finalmente, hay otros cristianos que piensan que Jesús volverá antes de los sucesos de Apocalipsis 20:1-10. A esto se le llama la noción premilenial, porque sostienen que Cristo volverá antes del milenio. Este punto de vista también afirma que antes del retorno de Jesús habrá un tiempo de gran sufrimiento en la tierra, a veces llamado la gran tribulación (Mt 24:21-31).

Según la noción premilenial, Cristo volverá y reinará físicamente en la tierra por los mil años mencionados en Apocalipsis 20:4-5 (no necesariamente mil años literales). Cuando Cristo vuelva para empezar su reinado milenario, todos los que creen en él serán resucitados de los muertos para reinar con él.

Durante ese milenio, Satanás y sus demonios serán sacados por completo de toda influencia de la tierra, según se describe en Apocalipsis 20:1-3: «Vi además a un ángel que bajaba del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Sujetó al dragón, a aquella serpiente antigua que es el diablo y Satanás, y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y tapó la salida para que no engañara más a las naciones, hasta que se cumplieran los mil años. Después habrá de ser soltado por algún tiempo».

Debido a que Jesús reinará en paz y justicia sobre la tierra, muchas personas acudirán a él para su salvación.

Algunos no creerán porque la fe genuina es algo que debe venir de un corazón cambiado por dentro y no puede ser impuesto a la fuerza, hasta por evidencia externa abrumadora o argumentación. Incluso sin la influencia de Satanás o los demonios en la tierra, todavía habrá personas que harán el mal, mostrando que el pecado en realidad no es causado por Satanás, sino que es responsabilidad de los seres humanos que pecan.

En esta noción premilenial, después del reinado de mil años de Cristo en la tierra, tendrá lugar el juicio final, y los que creen en él continuarán reinando con Cristo por la eternidad; más los que lo rechazaron serán condenados por toda la eternidad.

El Rey victorioso

Tal vez no sea sorpresa que los cristianos tengan diferencias en cuanto a sus nociones del futuro. Esto se debe en parte a que ¡el futuro no es claro para nosotros puesto que todavía no ha sucedido! Pero independientemente del tiempo del retorno de Cristo, todos los cristianos piensan que la victoria final de Cristo sobre Satanás (descrita en Apocalipsis 20:7-10) tendrá lugar en el futuro.

En esa batalla final Jesús derrotará a Satanás y a sus ejércitos de una vez por todas. Al final de la batalla Satanás «será arrojado al lago de fuego y azufre ... (donde) será atormentado día y noche por los siglos de los siglos» (Ap 20:10). Al final de esa batalla final, Jesús, el Rey victorioso, ejecutará su juicio final. Y entonces reinará para siempre jamás.

Como Jesús le dijo a Juan, esto es algo en que los cristianos pueden hallar gran esperanza, porque sus «palabras son verdaderas y dignas de confianza» (Ap 22:6). Jesús dijo: «¡Miren que vengo pronto! Traigo conmigo mi recompensa, y le pagaré a cada uno según lo que haya hecho» (Ap 22:12). La respuesta de los que son cristianos en Jesús, independientemente de su interpretación de Apocalipsis 20:1-6, debe ser como la de Juan: «Amén. ¡Ven, SEÑOR Jesús!» (Ap 22:20).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Cuáles son algunas de las cosas, en términos escatológicos, en las que todos los cristianos deberían concordar? ¿Cuáles de estas cosas le dan a usted la mayor alegría?
2. ¿Cuáles son algunos asuntos, en términos escatológicos, en los que los cristianos difieren? ¿Cómo deberían los cristianos lidiar con estas diferencias?

3. Dedique un momento para leer Apocalipsis 22:12. En respuesta a esa lectura, dedique un momento para orar con base en la oración de Juan que se halla en Apocalipsis 22:20.

5.19 ¿Qué es el juicio final?

Después del reinado de Cristo de mil años (de acuerdo a cualquiera de las tres nociones que se consideraron en el capítulo anterior) y de la derrota final de Satanás y su ejército, Jesucristo juzgará a toda la humanidad desde su gran trono blanco (Ap 20:11-15). Este juicio final es la culminación de muchos precursores en toda la historia en la que Dios recompensó la justicia y castigó la injusticia (ej. el diluvio de Génesis 6-9, o la destrucción por fuego de Sodoma y Gomorra en Génesis 19:1-26). El juicio final es «el día de la ira, cuando Dios revelará su justo juicio» (Ro 2:5). Es el día que Dios ha determinado para «juzgar al mundo con justicia» por medio de Cristo (Hch 17:31).

¿Qué sucede en el juicio final?

Este momento de juzgar a los muertos... será un tiempo para recompensar a los siervos de Dios y un tiempo para destruir a los que destruyen la tierra (Ap 11:18). Por consiguiente, en este tiempo tanto los que creen en Jesús como los que no creen en él, serán juzgados.

En cuanto a los no cristianos, Pablo dice: «Pero los que por egoísmo rechazan la verdad para aferrarse a la maldad, recibirán el gran castigo de Dios» (Ro 2:8).

Los que no han mirado a Jesús para su salvación serán juzgados conforme a lo que hayan hecho (Ap 20:12). Dios será justo. El grado de castigo variará de acuerdo a lo que cada persona haya hecho, porque algunos «recibirán peor castigo» (Lc 20:47).

Nosotros, los que creemos en Jesús, también tendremos que comparecer ante el tribunal de Dios para dar cuentas de nosotros mismos a Dios (Ro 14:10-12). Pero el juicio final para los cristianos no será de castigo, sino de recompensa. Jesús promete en Juan 5:24 que «el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna y no será juzgado, sino que ha pasado de la muerte a la vida». Pablo confirma esto cuando escribe en Romanos 8:1: «ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús».

El juicio final no debe ser una fuente de temor para los cristianos sino más bien un estímulo para que se fijen como meta el agrandar a Dios (2 Co 5:9). Todo pecado que hemos cometido ha quedado pagado eternamente por Cristo y por consiguiente está perdonado eternamente por Dios. En el juicio, recibiremos las recompensas debidas «según lo bueno o malo que haya hecho mientras vivió en el cuerpo» (2 Co 5:10). El mal pasará, y el bien será recompensado (1 Co 3:12-15).

En el cielo nuestro gozo al deleitarnos plenamente en Dios, nuestro gozo al poder estar en su presencia y postrarnos ante su trono para adorarle, será más grande que el gozo que se halle en alguna recompensa (Ap 4:10-11).

Los cristianos y los no cristianos no son los únicos que serán juzgados. En Judas 6 y 2 Pedro 2:4 nos dicen que los ángeles rebeldes también serán juzgados, y en 1 Corintios 6:3 nos afirman que los ángeles buenos serán evaluados por su obra y servicio.

El propósito del juicio final

El juicio final no será un lugar para que Dios pueda determinar la condición de corazón de cada persona, porque él ha conocido la condición final de todo corazón antes que el tiempo empiece. Más bien tendrá

lugar para que Dios pueda exhibir su gloria a toda la humanidad demostrando simultáneamente su justicia y su misericordia.

El juicio final será enteramente justo. Dios juzgará «con imparcialidad las obras de cada uno» (1 P 1:17), «Porque con Dios no hay favoritismos» (Ro 2:11). Dios será glorificado en este juicio final que clamaremos: «¡Aleluya! La salvación, la gloria y el poder son de nuestro Dios, pues sus juicios son verdaderos y justos» (Ap 19:1-2).

El juicio final nos asegura que, independientemente de lo que suceda, Dios tiene las riendas y a la larga llevará a su fin apropiado toda situación. Pablo escribe que «El que hace el mal pagará por su propia maldad, y en esto no hay favoritismos» (Col 3:25).

A la luz del juicio final, los cristianos deben poder perdonarse libremente unos a otros, porque sabemos que toda cuenta quedará juzgada en ese día y todos los males serán puestos a la luz. Debido a que hay un juicio final, los cristianos nunca deben tratar de vengarse por sí mismos sino más bien dejar el castigo en las manos de Dios, porque está escrito: “Mía es la venganza; yo pagaré”, dice el SEÑOR» (Ro 12:19). Cuando nos hacen algo malo, podemos llevar a Dios el deseo de justicia, pidiéndole que obre justicia a nuestro favor. Podemos tener la confianza de que el castigo debido al ofensor será ejecutado; que caerá en los hombros de Cristo o en los del ofensor por toda la eternidad. Cuando actuamos de esta manera, estamos siguiendo el ejemplo de Cristo, porque: «Cuando proferían insultos contra él, no replicaba con insultos; cuando padecía, no amenazaba, sino que se entregaba a aquel que juzga con justicia» (1 P 2:23).

El juicio final también nos provee de motivación para vivir todos los días en obediencia a Dios y de esta manera «acumular... tesoros en el cielo» (Mt 6:20). Aun cuando estos tesoros no nos harán ganar la salvación, sí nos permitirán recibir la recompensa por el bien que hayamos hecho.

El juicio final también nos provee de un estímulo para decirles a otros las buenas nuevas de Jesús. La demora del retorno de Cristo y el juicio final se debe a que Dios no desea «que nadie perezca, sino que todos se arrepientan» (2 P 3:9)

¿Qué acerca del infierno?

En el juicio final, los que han rechazado las afirmaciones de Jesús irán a un lugar de castigo eterno. Ese lugar, afirma la Biblia, es el infierno. Jesús habla de infierno como el «fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles» (Mt 25:41), y dice que los que lo rechazan irán allá. Es un lugar en donde «su gusano no muere, y el fuego no se apaga» (Mr 9:48). Es un «lugar de tormento» (Lc 16:28).

Juan nos dice que es un lugar en donde los que rechazan a Jesús, juntamente con el diablo y sus ángeles, «beberá(n) también el vino del furor de Dios, que en la copa de su ira está puro, no diluido. Será(n) atormentado(s) con fuego y azufre, en presencia de los santos ángeles y del Cordero» (Ap 14:10). «El humo de ese tormento sube por los siglos de los siglos. No habrá descanso ni de día ni de noche» (Ap 14:11).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Qué les sucede a los cristianos en el juicio final? ¿Qué les sucederá a los que han rechazado las afirmaciones de Jesús?
2. ¿De qué manera su entendimiento del juicio final afecta su vida hoy? ¿Cómo afecta la manera en que se relaciona con otros?
3. ¿Qué nos dice la Biblia en cuanto al infierno? ¿De qué manera le hace sentir su comprensión del infierno? ¿Por qué le hace sentirse de esa manera?

5.20 ¿Qué es el cielo?

La Biblia promete una creación enteramente renovada. Será «el cielo nuevo y la tierra nueva» que Dios hará (Is 66:22), un lugar tan rico y tan bueno y nuevo que «las cosas pasadas», como la muerte, el dolor, la tristeza y el sufrimiento, «no volverán a mencionarse... ni se traerán a la memoria» (Is 65:17). Es un lugar en donde el cielo y la tierra se unirán (Ap 21:2), y una voz desde el trono de Dios anunciará: «¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios» (Ap 21:3).

Renovación del cielo, la tierra y la creación.

El cielo es un lugar en donde Él da a conocer más plenamente su presencia para bendecir. Aunque Él está en todas partes, su presencia para bendecir y su gloria se verán más claramente en el cielo. El cielo es el lugar en donde todos le adoraremos.

Además de hacer un cielo renovado, Dios renovará su creación terrenal: la tierra y los que moran en ella (2 P 3:13; Ap 21:1).

Los que vivan en la tierra renovada tendrán cuerpos nuevos y glorificados que nunca envejecerán ni se debilitarán ni se enfermarán. Una vez eliminada la maldición de pecado, toda la creación será vuelta a su estado original, que fue muy buena (Gn 1:31). La vida en el cielo y la tierra renovados incluirá muchas de las buenas cosas de la vida en la tierra, solo que serán muchísimo mejores: todos comerán y beberán en la cena de bodas del Cordero (Ap 19:9).

Finalmente, los cielos y tierra renovados serán el lugar en donde podremos disfrutar plenamente de los «tesoros en el cielo» (Mt 6:20) que hemos acumulado para nosotros durante la vida en la tierra. Esto es un estímulo maravilloso para que «hagamos bien a todos, y en especial a los de la familia de la fe» (Gá 6:10).

Como cristianos en Jesús, debemos vivir «una conducta intachable ... (mientras) esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, en los que habite la justicia» (2 P 3:11,13).

La gloria innegable de Dios

El cielo será un sitio en donde la gloria de Dios será tan innegablemente evidente que toda la creación funcionará en plena cooperación con la voluntad de Dios.

El mundo ya no estará «arruinado»; funcionará como se supone que debe funcionar.

Ya no habrá ningún dolor ni tristeza, ni aflicción ni tragedia, porque Dios mismo morará con su pueblo. «Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir» (Ap 21:4).

Para siempre podremos interactuar con él y adorarle como fuimos diseñados para hacerlo. Moraremos para siempre «con gran alegría ante su gloriosa presencia» (Jud 24; Ro 8:18; 1 Co 15:23; 2 Co 4:17; 1 Ts 2:12 y 1 P 5:4,10).

Nuestro más grande gozo será que veremos a Dios cara a cara (Ap 22:4). La vista de la cara de Dios será el cumplimiento de todo lo que sabemos que es bueno, justo y deseable en el universo. En la cara de Dios veremos y experimentaremos la realización de todo anhelo que jamás hayamos tenido: el anhelo de conocer el amor perfecto, la paz y el gozo; de saber la verdad y la justicia; la santidad y la sabiduría; la bondad y el poder; la gloria y la belleza. Descubriremos que en la presencia de Dios hay alegría y a la diestra de Dios hay dicha eterna (Sal 16:11).

Preguntas para repaso y aplicación

1. ¿Puede usted mencionar algunas de las cosas que la Biblia dice en cuanto al cielo?
2. ¿De qué maneras las descripciones que la Biblia da del cielo le sorprenden, le animan y le hacen desearlo incluso más?
3. Dedique un momento para orar, agradeciéndole a Dios por aspectos específicos del cielo.